

38. ¹“No debemos jactarnos de echar fuera los demonios ni darnos aires por curaciones realizadas; no debemos honrar sólo al que expulsa demonios y despreciar al que no lo hace. ²Que cada uno observe atentamente la vida ascética de otro, y entonces que la imite y emule, o que la corrija. El hacer milagros no es asunto nuestro. Eso está reservado para el Salvador. ³El, por otra parte, dijo a los discípulos: ‘Alégrense, no porque los demonios se les sometan, sino porque sus nombres están escritos en el cielo’ (Lc 10, 20). Y el hecho de que nuestros nombres estén escritos en el cielo es testimonio para nuestra vida de virtud, pero en cuanto a expulsar demonios, eso es don del Salvador que El concede. ⁴Por eso, a los que se jactaban no de su virtud sino de sus milagros y decían: ‘Señor, ¿no hemos expulsado demonios en tu nombre y no hemos obrado milagros también en tu nombre?’ (Mt 7, 22). El respondió: ‘En verdad, os digo que no os conozco’ (Mt 7, 23), pues el Señor no conoce el camino de los impíos (cp. Ps 1, 6). ⁵En resumen, se debe orar, como he dicho, por el don del discernimiento de espíritus, a fin de que, como está escrito, no creamos a cada espíritu (cp. 1 Jn 4, 1).

ANTONIO NARRA SUS EXPERIENCIAS CON LOS DEMONIOS

39. ¹“En realidad, ahora querría detenerme y no decir nada más que viniera de mí mismo, ya que basta con lo que se ha dicho. Pero para que no penséis que simplemente digo estas cosas por hablar, sino para que se convenzan de que lo hago por verdadera experiencia, por eso quiero contarles lo que he visto en cuanto a las prácticas de los demonios. Tal vez me llamen tonto, pero el Señor que está escuchando sabe que mi conciencia es limpia y que no es por mí mismo sino por vosotros y para alentaros que digo todo esto.

²“¡Cuántas veces me llamaron bendito, mientras yo los maldecía en el nombre del Señor! ¡Cuántas veces hacían predicciones acerca del agua del Río! Y yo les decía: ‘¿Y qué tenéis que ver vosotros con esto?’ ³Una vez llegaron con amenazas y me rodearon como soldados armados hasta los dientes. ⁴En otra ocasión llenaron la casa con caballos y bestias y reptiles, pero yo canté el

salmo: 'Unos confían en sus carros, otros en su caballería, pero nosotros confiamos en el nombre del Señor Dios nuestro' (Ps 19, 8), y a esta oración fueron rechazados por el Señor. ⁵Otra vez, en la oscuridad llegaron con una luz fatua diciendo: 'Hemos venido a traerte luz, Antonio'. Pero cerré mis ojos, oré, y de un golpe se apagó la luz de los impíos. ⁶Pocos meses después llegaron cantando salmos y citando las Escrituras. Pero 'yo fui como un sordo que no oye' (Ps 37, 14). ⁷Una vez sacudieron la celda de un lado a otro, pero yo oré, permaneciendo inmovible en mi mente. ⁸Entonces volvieron e hicieron un ruido continuo, dando golpes, silbando y haciendo cabriolas. Pero yo me puse a orar y cantar salmos, y entonces comenzaron a gritar y lamentarse como si estuvieran completamente agotados, y yo alabé al Señor que redujo a nada su descaro e insensatez y les dio una lección.

40. ¹"Una vez se me apareció en visión un demonio realmente enorme, que tuvo la desfachatez de decir: 'Soy el Poder de Dios', y: 'Soy la Providencia. ¿Qué favor deseas que te otorgue?'. Entonces yo le soplé mi aliento (38), invocando el nombre de Cristo, e hice empeño por golpearlo. Parece que tuve éxito, porque al instante, grande como era, desapareció él, y todos sus compañeros junto con él, al nombre de Cristo. ²Otra vez que yo estaba ayunando, se llegó a mí el taimado acarreando panes ilusorios. Se puso a darme consejos: '¡Come y déjate de tus privaciones! También tú eres hombre y estás a punto de enfermarte'. pero yo, notando su superchería, me levanté a orar y no pudo aguantarlo. Desapareció como humo a través de la puerta.

³"¡Cuántas veces me mostró en el desierto una visión de oro que yo podía tocar y buscar! Pero me le opuse cantando un salmo y se disolvió. ⁴Me golpeó a menudo, y yo decía: 'Nada podrá separarme del amor de Cristo' (cp. Rm 8, 35), y entonces ¡ellos se golpeaban unos a otros! Pero no fui yo quien detuvo y paralizó sus esfuerzos, sino el Señor que dijo: 'Vi a Satanás cayendo del cielo como un relámpago' (Lc 10, 18).

⁵"Hijitos míos, acuérdense de lo que dijo el apóstol: 'Me apliqué esto a mí mismo' (1 Cor 4, 6), y aprenderán a no descorazonarse en su vida ascética y a no temer las ilusiones del demonio y sus compañeros.

41. ¹"Ya que me he hecho loco entrando en todas esas cosas, escuchen también lo que sigue, para que pueda servirles

para su seguridad; créanme, no miento. ²Una vez escuché un golpe en la puerta de mi celda, salí afuera y vi una figura enormemente alta. Cuando le pregunté: ‘¿Quién eres?’, me contestó: ‘Soy Satanás’. ‘¿Que estás haciendo aquí?’ El respondió: ‘¿Qué falta me encuentran los monjes y los demás cristianos sin ninguna razón? ¿Por qué me echan a cada rato?’ ‘Bien, ¿por qué los molestas?’, le dije.

³“El contestó: ‘No soy yo quien los molesto, sino que sus molestias tienen su origen en ellos mismos, porque yo me he debilitado. ¿No han leído acaso: El enemigo fue desarmado, arrasaste sus ciudades? (Ps 9, 7). Ahora no tengo ni lugar ni armas ni ciudad. En todas partes hay cristianos y hasta el desierto ya está lleno de monjes. Que se dediquen a sus propios asuntos y no me maldigan sin causa’.

⁴“Entonces me maravillé ante la gracia del Señor y le dije: ‘Aunque eres siempre mentiroso y nunca hablas la verdad, sin embargo esta vez has dicho verdad, por más que te desagrade hacerlo. Ves tú, Cristo con su venida te hizo impotente, te derribó y despojó’. El, oyendo el nombre del Salvador e incapaz de soportar el calor que esto le causaba, se desvaneció.

42. ¹“Por eso, si incluso el mismo demonio confiesa que no tiene poder, deberíamos despreciarlo totalmente. El malo y sus sabuesos tienen, es verdad, todo un acopio de bellaquerías, pero nosotros, sabiendo su debilidad, podemos despreciarlos. ² No nos entreguemos, pues, ni desalentemos, ni dejemos que haya cobardía en nuestra alma ni nos causemos miedo a nosotros mismos pensando: ‘¡Ojalá que no venga el demonio y me haga caer! ¡Ojalá que no me lleve para arriba o para abajo, o aparezca de repente y me saque de mis casillas!’ ³No deberíamos tener en absoluto semejantes pensamientos ni afligirnos como si fuéramos a perecer. Más bien tengamos valor y alegrémonos siempre como hombres que están siendo salvados. Pensemos que el Señor está con nosotros, El que ahuyentó a los malos espíritus y les quitó su poder.

⁴“Meditemos siempre sobre esto y recordemos que mientras el Señor esté con nosotros, nuestros enemigos no nos harán daño. Pues cuando vienen, actúan tal como nos encuentran, y en el estado de alma que nos encuentren, de ese modo presentan sus ilusiones (39). ⁵Si nos ven llenos de miedo y de pánico, inmediata-

mente toman posesión como bandoleros que encuentran la plaza desguarnecida; todo lo que pensemos de nosotros mismos, lo aprovechan con interés redoblado. ⁶Si nos ven temerosos y acobardados, van a aumentar nuestro miedo lo más que puedan en forma de imaginaciones y amenazas, y así la pobre alma es atormentada para el futuro. ⁷Pero si nos encuentran alegrándonos con el Señor, meditando en los bienes que han de venir y contemplando las cosas que son del Señor; considerando que todo está en Sus manos y que el demonio no tiene poder sobre un cristiano; que, de hecho, no tiene poder sobre nadie absolutamente, entonces, viendo al alma salvaguardada con tales pensamientos, se avergüenzan y se vuelven. ⁸Así, cuando el enemigo vio a Job fortificado, se retiró de él, mientras que encontrando a Judas desprovisto de toda defensa, lo tomó prisionero.

⁹“Por eso, si queremos despreciar al enemigo, mantengamos siempre nuestro pensamiento en las cosas del Señor y que nuestra alma se goce con la esperanza (cp. Rm 12, 12). Veremos entonces cómo los engaños del demonio se desvanecen como humo, y lo veremos huir en lugar de perseguirnos. Ellos son, como dije, abyectos cobardes, siempre recelosos (40) del fuego preparado para ellos (Mt 25, 41).

43. ¹“Observen también ésto respecto a la intrepidez que deben tener en su presencia. Cada vez que venga una aparición, no se derrumben inmediatamente llenos de cobarde miedo, sino que, sea lo que sea, pregunten primero con corazón resuelto: ‘¿Quién eres tú y de dónde vienes?’. Si es una visión buena, los va a tranquilizar y a cambiar su miedo en alegría. ²Sin embargo, si tiene que ver con el demonio, va a desvanecerse al instante viendo el decidido ánimo de ustedes, ya que la simple pregunta, ‘¿quién eres y de dónde vienes?’, es señal de tranquilidad. ³Así lo aprendió el hijo de Num (Jos 5, 13s.), y el enemigo no se libró de ser descubierto cuando Daniel lo interrogó” (Dn 13, 51-59).

VIRTUD MONASTICA

44. ¹Mientras Antonio discurría sobre estos asuntos con ellos, todos se regocijaban. Aumentaba en unos el amor a la virtud, en otros desaparecía la negligencia, y en otros la vanagloria era reprimida. Todos prestaban atención a sus consejos sobre los

ardides del enemigo, y se admiraban de la gracia dada a Antonio por el Señor para discernir los espíritus.

²Así sus solitarias celdas en las colinas eran como tiendas llenas de coros divinos, cantando salmos, estudiando, ayunando, orando, gozando con la esperanza de la vida futura, trabajando para dar limosnas y preservando el amor y la armonía entre sí. ³Y en realidad, era como ver un país aparte, una tierra de piedad y justicia. No había ni malhechores ni víctimas del mal ni acusaciones del recaudador de impuestos (41), sino una multitud de ascetas, todos con un solo propósito: la virtud. ⁴Así, al ver estas celdas solitarias y la admirable alineación de los monjes, no se podía menos de elevar la voz y decir: “¡Qué hermosas son tu tiendas, oh Jacob! ¡Tus habitaciones, oh Israel! Como arroyos están extendidas, como huertos junto al río, como tiendas plantadas por el Señor, como cedros junto a las aguas” (Núm. 24, 5).

45. ¹Antonio mismo volvió como de costumbre a su propia celda e intensificó sus prácticas ascéticas. Día tras día suspiraba en la meditación de las moradas celestiales (cp. Jn 14, 2), con todo anhelo por ellas, viendo la breve existencia del hombre. ²Al pensamiento de la naturaleza espiritual del alma, se avergonzaba cuando debía aprestarse a comer o dormir o a ejecutar las otras necesidades corporales. ³A menudo, cuando iba a compartir su alimento con muchos otros monjes, le sobrevenía el pensamiento del alimento espiritual y rogando que lo perdonaran, se alejaba de ellos, como si le diera vergüenza que otros lo vieran comiendo. ⁴Comía, por supuesto, porque su cuerpo lo necesitaba, y frecuentemente lo hacía también con los hermanos, turbado a causa de ellos, pero hablándoles por la ayuda que sus palabras significaban para ellos. ⁵Acostumbraba decir que se debería dar todo su tiempo al alma más bien que al cuerpo. Ciertamente, puesto que la necesidad lo exige, algo de tiempo tiene que darse al cuerpo, pero en general deberíamos dar nuestra primera atención al alma y buscar su progreso. Ella no debería ser arrastrada hacia abajo por los placeres del cuerpo, sino que el cuerpo debe ser puesto bajo sujeción del alma. ⁶Esto, decía, es lo que el Salvador expresó: “No se preocupen por su vida, por lo que van a comer o a beber, ni estén inquietos ansiosamente; la gente del mundo busca todas esas cosas. Pero vuestro Padre sabe qué cosas necesitáis. Buscad primero el Reino y lo demás se os dará por añadidura” (Lc 12, 22.29-31; cp. tb. Mt 6, 31-33).

ANTONIO VA A ALEJANDRIA BAJO LA PERSECUCION DEL EMPERADOR MAXIMINO (311)

46. ¹Después de esto, la persecución de Maximino (42), que irrumpió en esa época, se abatió sobre la iglesia. Cuando los santos mártires fueron llevados a Alejandría, él también dejó su celda y los siguió, diciendo: “Vayamos también nosotros a tomar parte en el combate si somos llamados, o a ver a los combatientes”. ²Tenía gran deseo de sufrir el martirio, pero como no quería entregarse a sí mismo (43), servía a los confesores de la fe en las minas y en las prisiones. ³Se afanaba en el tribunal, estimulando el celo de los mártires cuando los llamaban, y recibéndolos y escoltándolos cuando iban a su martirio, quedando junto a ellos hasta que expiraban. Por eso el juez, viendo su intrepidez y la de sus compañeros y su celo en estas cosas, dio orden de que ningún monje apareciera en el tribunal o estuviera en la ciudad. ⁴Todos los demás pensaron conveniente esconderse ese día, pero Antonio se preocupó tan poco de ello que lavó sus ropas y al día siguiente se colocó al frente de todos, en un lugar prominente, a vista y paciencia del prefecto (44). Mientras todos se admiraban y el prefecto mismo lo veía al acercarse con todos sus funcionarios, él estaba ahí de pie, sin miedo, mostrando el espíritu anhelante característico de nosotros los cristianos. Como lo expresé antes, oraba para que también él pudiera ser martirizado, y por eso se apenaba por no haberlo sido.

⁵Pero el Señor cuidaba de él para nuestro bien y para el bien de otros, a fin de que pudiera ser maestro de la vida ascética que él mismo había aprendido en celosos seguidores de su modo de vida. De nuevo, por eso, continuó con su costumbre de ir al servicio de los confesores de la fe y, como si estuviera encadenado junto con ellos (Hebr. 13, 3), se agotó en su afán por ellos.

EL DIARIO MARTIRIO DE LA VIDA MONACAL

47. ¹Cuando finalmente la persecución cesó y el obispo Pedro, de santa memoria, hubo sufrido el martirio, se fue y volvió a su celda solitaria, y ahí fue mártir cotidiano en su conciencia, luchando siempre las batallas de la fe (45). ²Practicó una vida

ascética llena de celo y más intensa. Ayunaba continuamente, su vestidura era de pelo la interior y de cuero la exterior, y la conservó hasta el día de su muerte. ³Nunca bañó su cuerpo para lavarse (46), ni tampoco lavó sus pies ni se permitió meterlos en el agua sin necesidad. Nadie vio su cuerpo desnudo hasta que murió y fue sepultado.

48. ¹Vuelto a la soledad, determinó un período de tiempo durante el cual no saldría ni recibiría a nadie. Entonces un oficial militar, un cierto Martiniano, llegó a importunar a Antonio: tenía una hija a la que molestaba el demonio. ²Como persistía ante él, golpeando a la puerta y rogando que saliera y orara a Dios por su hija, Antonio no quiso salir sino que, usando una mirilla, le dijo: “Hombre, ¿por qué haces todo ese ruido conmigo? Soy un hombre tal como tú. Si crees en Cristo a quien yo sirvo, ándate y como eres creyente, ora a Dios y se te concederá”. El hombre se fue, creyendo e invocando a Cristo, y su hija fue librada del demonio. ³Muchas otras cosas hizo también el Señor a través de él, según la palabra: “Pidan y se les dará” (Lc 11, 9). Muchísima gente que sufría, dormía simplemente fuera de su celda (47), ya que él no quería abrirles la puerta, y eran sanados por su fe y sincera oración.

HUIDA A LA MONTAÑA INTERIOR

49. ¹Cuando se vio acosado por muchos e impedido de retirarse como eran su propósito y su deseo, e inquieto por lo que el Señor estaba obrando a través de él, pues podía transformarse en presunción, o alguien podía estimarlo más de lo que convenía, reflexionó y se fue hacia la Alta Tebaida, a un pueblo en el que era desconocido. ²Recibió pan de los hermanos y se sentó a la orilla del río, esperando ver un barco que pasara en el que pudiera embarcarse y partir. Mientras estaba así aguardando, se oyó una voz desde arriba: “Antonio, ¿adónde vas y por qué?”

³No se desorientó sino que, habiendo escuchado a menudo tales llamadas, contestó: “Ya que las multitudes no me permiten estar solo, quiero irme a la Alta Tebaida, porque son muchas las molestias a las que estoy sujeto aquí, y sobre todo porque me piden cosas más allá de mi poder”. ⁴“Si subes a la Tebaida”, dijo

la voz, “o si, como también pensaste, bajas a la Bucolia (48), tendrás más, sí, el doble más de molestias que soportar. Pero si realmente quieres estar contigo mismo, entonces vete al desierto interior”.

⁵“Pero”, dijo Antonio, “¿Quién me mostrará el camino? Yo no lo conozco”. De repente le llamaron la atención unos sarracenos que estaban por tomar aquella ruta. Acercándose, Antonio les pidió poder ir con ellos al desierto. Ellos le dieron la bienvenida como por orden de la Providencia. ⁶Y viajó con ellos tres días y tres noches y llegó a una montaña muy alta. Al pie de la montaña había agua, clara como el cristal, dulce y muy fresca. Extendiéndose desde allí había una llanura y unos cuantos datileros.

50. ¹Antonio, como inspirado por Dios, quedó encantado con el lugar (49), porque esto fue lo que quiso decir Quien habló con él a la orilla del Río. ²Comenzó por conseguir algunos panes de sus compañeros de viaje y se quedó solo en la montaña, sin ninguna compañía. En adelante miró este lugar como si hubiera encontrado su propio hogar. ³En cuanto a los sarracenos, notando el entusiasmo de Antonio, hicieron del lugar un punto en sus travesías, y estaban contentos de llevarle pan. También los datileros le daban un pequeño y frugal cambio de dieta. ⁴Más tarde, los hermanos enterándose del lugar, como hijos preocupados por su padre, se las ingeniaron para enviarle pan. ⁵Antonio, sin embargo, viendo que el pan les causaba molestias porque tenían que aumentar el trabajo que ya soportaban, y queriendo mostrar consideración a los monjes también en esto, reflexionó sobre el asunto y pidió a algunos de sus visitantes que le trajeran un azadón y un hacha y algo de grano.

⁶Cuando se lo trajeron, se fue al terreno cerca de la montaña, y encontrando un pedazo adecuado, con abundante provisión de agua de la vertiente, lo cultivó y sembró. Así lo hizo cada año y le suministraba su pan. Estaba feliz de que con eso no tenía que molestar a nadie, y en todo trataba de no ser carga para otros (50). ⁷Pero más tarde, viendo que de nuevo llegaba gente a verlo, comenzó a cultivar también algunas hortalizas, a fin de que sus visitantes tuvieran algo más para restaurar sus fuerzas después de viaje tan cansado y pesado.

⁸Al comienzo, los animales del desierto que venían a beber agua le dañaban los sembrados de su huerta. Entonces atrapó a

uno de los animales, lo retuvo suavemente y les dijo a todos: “¿Por qué me hacen perjuicio si yo no os hago nada a ninguno de vosotros? ¡Idos, y en el nombre del Señor no se acerquen otra vez a estas cosas!”. Y desde entonces, como atemorizados por sus órdenes, no se acercaron al lugar.

DE NUEVO LOS DEMONIOS

51. ¹Así estuvo solo en la Montaña Interior, dando su tiempo a la oración y a la práctica de la vida ascética. Pero los hermanos que fueron en su busca, le rogaron que les permitiera llegar cada mes y llevarle aceitunas, legumbres y aceite, puesto que ahora era ya anciano.

²De sus visitantes hemos sabido cuántos combates tuvo que soportar mientras vivió ahí, “no contra carne y sangre”, como está escrito (Ef 6, 12), sino en lucha con los demonios. Pues también allí oyeron tumultos y muchas voces y clamor como de almas. De noche vieron la montaña llenarse de vida con bestias salvajes. Lo vieron también peleando como con enemigos visibles, y orando contra ellos. ³A uno que lo visitó, le habló palabras de aliento mientras él mismo se mantenía firme en la contienda, de rodillas y orando al Señor. Era realmente notable que, solo como estaba en ese despoblado, nunca desmayase ante los ataques de los demonios, ni tampoco, con todos los animales y reptiles que había, tuviese miedo de su ferocidad. ⁴Como está en la Escritura, él realmente “confiaba en el Señor como el monte Sión” (Ps 124, 1), con ánimo inquebrantable e intrépido. Así los demonios más bien huían de él, y los animales salvajes hicieron la paz con él, como está escrito (Job 5, 23).

52 ¹El malo puso estrecha guardia sobre Antonio y rechinó sus dientes contra él, como lo dice David en el salmo (Ps 34, 16), pero Antonio fue animado por el Salvador, quedando sin ser dañado por esa villanía y sutil estrategia. ²Le envió bestias salvajes mientras estaba en sus vigilias nocturnas, y en plena noche todas las hienas del desierto salieron de sus guaridas y lo rodearon. Teniéndolo en medio, abrían sus fauces y amenazaban morderlo. ³Pero él, conociendo bien las mañas del enemigo, les dijo: “Si han recibido poder para hacer esto contra mí, estoy dispuesto

a ser devorado; pero si han sido enviadas por los demonios, váyanse inmediatamente porque soy servidor de Cristo”. En cuanto Antonio dijo esto, huyeron como azotadas por el látigo de esa palabra.

53. ¹Pocos días después, mientras estaba trabajando —porque el trabajo siempre formaba parte de su propósito—, alguien llegó a la puerta y tiró la cuerda con la que trabajaba (estaba haciendo canastos, que daba a sus visitantes en cambio por lo que le traían). ²Se levantó y vio a un monstruo que parecía hombre hasta los muslos, pero con piernas y pies de asno. Antonio hizo simplemente la señal de la cruz y dijo: “Soy servidor de Cristo. Si has sido enviado contra mí, aquí estoy”. Pero el monstruo con sus demonios huyó tan rápido, que su misma rapidez le hizo caer y murió. ³La muerte del monstruo vino a significar el fracaso de los demonios: hicieron cuanto pudieron porque se fuera del desierto y no pudieron (51).

ANTONIO VISITA A LOS HERMANOS A LO LARGO DEL NILO

54. ¹Una vez los monjes le pidieron que regresara donde ellos y pasara algún tiempo visitándolos a ellos y sus establecimientos. Hizo el viaje con los monjes que vinieron a su encuentro. ²Un camello iba cargado con pan y agua, ya que en todo ese desierto no hay agua, y la única agua potable estaba en la montaña de donde habían salido y en donde estaba su celda. ³Yendo de camino, se acabó el agua, y estaban todos en peligro cuando el calor era más intenso. Anduvieron buscando (52) y volvieron sin encontrar agua. Ahora estaban demasiado débiles para poder caminar siquiera. Se echaron al suelo y dejaron que el camello se fuera, entregándose a la desesperación.

⁴Entonces el anciano, viendo el peligro en que todos estaban, se llenó de aflicción. Suspirando profundamente, se apartó un poco de ellos. Entonces se arrodilló, extendió sus manos y oró. Y de repente el Señor hizo brotar una fuente donde estaba orando, de modo que todos pudieron beber y refrescarse. Llenaron sus odres y se pusieron a buscar el camello hasta que lo encontraron; sucedió que el cordel se había enredado en una piedra y

había quedado sujeto. Lo llevaron a abrevar y, cargándolo con los odres, concluyeron su viaje sin más deterioro ni accidentes.

⁵Cuando llegó a las celdas exteriores, todos le dieron una cordial bienvenida, mirándolo como a un padre (53). El, por su parte, como trayéndoles provisiones de su montaña, los entretenía con sus narraciones y les comunicaba su experiencia práctica. ⁶Y de nuevo hubo alegría en las montañas y anhelos de progreso, y el consuelo que viene de una fe común (cp. Rm 1, 12). ⁷También se alegró al contemplar el celo de los monjes y al ver a su hermana que había envejecido en su vida de virginidad, siendo ella misma guía espiritual de otras vírgenes.

LOS HERMANOS VISITAN A ANTONIO

55. ¹Después de algunos días volvió a su montaña. Desde entonces muchos fueron a visitarlo, entre ellos muchos llenos de aflicción, que arriesgaban el viaje hasta él. ²Para todos los monjes que llegaban donde él, tenía siempre el mismo consejo: poner su confianza en el Señor y amarlo, guardarse a sí mismo de los malos pensamientos y de los placeres de la carne, y no ser seducidos por un estómago lleno, como está escrito en los Proverbios (Prov 24, 15). ³Debía huir de la vanagloria y orar continuamente; cantar salmos antes y después del sueño; guardar en el corazón los mandamientos impuestos en las Escrituras y recordar los hechos de los santos, de modo que el alma, al recordar los mandamientos, pueda inflamarse ante el ejemplo de su celo. ⁴Les aconsejaba sobre todo recordar siempre la palabra del apóstol: “Que el sol no se ponga sobre su ira” (Ef 4, 26), y a considerar estas palabras como dichas de todos los mandamientos: el sol no debe ponerse no sólo sobre nuestra ira sino sobre ningún otro pecado.

⁵“Es enteramente necesario que el sol no nos condene por ningún pecado de día, ni la luna por ninguna falta o incluso pensamiento nocturno. Para asegurarnos de esto, es bueno escuchar y guardar lo que dice el apóstol: ‘júzguense y pruébense cada uno a sí mismo’ (2 Cor 13, 5). ⁶Por eso, cada uno debe hacer diariamente un examen de lo que ha hecho de día y de noche; si ha pecado, deje de pecar; si no ha pecado, no se jacte de ello. Persevere más bien en la práctica de lo bueno y no deje de estar en guardia. ⁷No

juzgue a su prójimo ni se declare justo él mismo, como dice el santo apóstol Pablo, ‘hasta que venga el Señor y saque a luz lo que está escondido’ (1 Cor 4, 5; Rm 2, 16), ⁸A menudo no tenemos conciencia de lo que hacemos; nosotros no lo sabemos, pero el Señor conoce todo. Por eso, dejándole el juicio a El, compadezcámonos mutuamente y ‘llevemos los unos las cargas de los otros’ (Gl 6,2). Juzguémonos a nosotros mismos y, si vemos que hemos disminuido, esforcémonos con toda seriedad para reparar nuestra deficiencia. ⁹Que esta observación sea nuestra salvaguardia contra el pecado: anotemos nuestras acciones e impulsos del alma como si tuviéramos que dar un informe a otro; pueden estar seguros que de pura vergüenza de que esto se sepa, dejaremos de pecar y de seguir teniendo pensamientos pecaminosos. ¹⁰¿A quién le gusta que lo vean pecando? ¿Quién, habiendo pecado, no preferiría mentir, esperando escapar así a que lo descubran? Tal como no quisiéramos abandonarnos al placer a vista de otros, así también si tuviéramos que escribir nuestros pensamientos para decírselos a otro, nos guardaríamos mucho de los malos pensamientos, de vergüenza de que alguien los supiera. ¹¹Que ese informe escrito sea, pues, como los ojos de nuestros hermanos ascetas, de modo que al avergonzarnos al escribir como si nos estuvieran viendo, jamás nos demos al mal. Moldeándonos de esta manera seremos capaces de ‘llevar a nuestro cuerpo a obedecernos’ (1 Cor 9, 27), para agradecer al Señor y pisotear las maquinaciones del enemigo”.

MILAGROS EN EL DESIERTO

56. ¹Estos eran los consejos a sus visitantes. Con los que sufrían se unía en simpatía y oración, y a menudo y en muchos y variados casos, el Señor escuchó su oración. Pero nunca se jactó cuando fue escuchado, ni se quejó cuando no lo fue. ²Siempre dio gracias al Señor, y animaba a los sufrientes a tener paciencia y a darse cuenta de que la curación no era prerrogativa suya ni de nadie, sino sólo de Dios, que la obra cuando quiere y a quienes El quiere. ³Los que sufrían se satisfacían con recibir las palabras del anciano como curación, pues aprendían a tener paciencia y a soportar el sufrimiento. Y los que eran sanados, aprendían a dar gracias no a Antonio sino sólo a Dios.

57. ¹Había, por ejemplo, un hombre llamado Frontón, oriundo de Palatium (54). Tenía una horrible enfermedad: se mordía continuamente la lengua y su vista se le iba acortando. Llegó hasta la montaña y le pidió a Antonio que rogara por él. Oró y luego le dijo a Frontón: “Vete, vas a ser sanado”. ²Pero él insistió y se quedó durante días, mientras Antonio seguía diciéndole: “No te vas a sanar mientras te quedas aquí. Vete, y cuando llegues a Egipto verás en ti el milagro”. ³El hombre se convenció por fin y se fue, y al llegar a la vista de Egipto desapareció su enfermedad. Sanó según las instrucciones que Antonio había recibido del Señor mientras oraba.

58. ¹Una niña de Busiris en Trípoli padecía de una enfermedad terrible y repugnante: una supuración de sus ojos, nariz y oídos se transformaba en gusanos cuando caía al suelo. Además su cuerpo estaba paralizado y sus ojos eran defectuosos. Sus padres supieron de Antonio por algunos monjes que iban a verlo, y teniendo fe en el Señor que sanó a la mujer que padecía hemorragia (Mt 9, 20), les pidieron que pudieran ir con su hija. ²Ellos consintieron. Los padres y la niña quedaron al pie de la montaña con Pafnucio (55), el confesor y monje. Los demás subieron, y cuando se disponían a hablarle de la niña, él se les adelantó y les habló todo sobre los sufrimientos de la niña y de cómo había hecho el viaje con ellos. ³Entonces, cuando le preguntaron si esa gente podía subir, no se lo permitió sino que dijo: “Vayan y, si no ha muerto, la encontrarán sana. No es ciertamente ningún mérito mío que ella haya querido venir donde un infeliz como yo; no, en verdad; su curación es obra del Salvador que muestra su misericordia en todo lugar a los que lo invocan. En este caso el Señor ha escuchado su oración, y Su amor por los hombres me ha revelado que curará la enfermedad de la niña donde ella está”. ⁴En todo caso el milagro se realizó: cuando bajaron, encontraron a los padres felices y a la niña en perfecta salud.

59. ¹Sucedió también que cuando dos de los hermanos estaban en viaje hacia él, se les acabó el agua durante el viaje; uno murió y el otro estaba a punto de morir. Ya no tenía fuerzas para andar, sino que yacía en el suelo esperando también la muerte. ²Antonio, sentado en la montaña, llamó a dos monjes que casualmente estaban allí, y los apremió a apresurarse: “Tomen un jarro de agua y corran abajo por el camino a Egipto; venían dos, uno

acaba de morir y el otro también morirá a menos que ustedes se apuren. Recién me fue revelado esto en la oración".³ Los monjes se fueron y hallaron a uno muerto y lo enterraron. Al otro lo hicieron revivir con agua y lo llevaron hasta el anciano. La distancia era de un día de viaje.⁴ Ahora, si alguien pregunta por qué no habló antes de que muriera el otro, su pregunta es injustificada. El decreto de muerte no pasó por Antonio sino por Dios, que la determinó para uno, mientras revelaba la condición del otro. En cuanto a Antonio, lo único admirable es que, mientras estaba en la montaña con su corazón tranquilo, el Señor le mostró cosas remotas.

60. ¹En otra ocasión en que estaba sentado en la montaña y mirando hacia arriba, vio en el aire a alguien llevado hacia lo alto entre gran regocijo de otros que le salían al encuentro. ²Admirándose de tan gran multitud y pensando qué felices eran, oró para saber qué podía ser eso. De repente una voz se dirigió a él diciéndole que era el alma del monje Ammón de Nitria (56), que vivió la vida ascética hasta edad avanzada. ³Ahora bien, la distancia desde Nitria a la montaña donde estaba Antonio, era de trece días de viaje. Los que estaban con Antonio, viendo al anciano tan extasiado, le preguntaron qué significaba y él les contó que Ammón acababa de morir.

⁴Este era bien conocido, pues venía ahí a menudo y muchos milagros fueron obrados por su intermedio. El que sigue es un ejemplo: Una vez tenía que atravesar el llamado río Lycus en la estación de las crecidas; le pidió a Teodoro que se le adelantara para que no se vieran desnudos uno a otro mientras cruzaban el río a nado. Entonces cuando Teodoro se fue, él se sentía todavía avergonzado por tener que verse desnudo él mismo. ⁵Mientras estaba así desconcertado y reflexionando, fue de repente transportado a la otra orilla. Teodoro, también un hombre piadoso, salió del agua, y al ver que el otro había llegado antes que él y sin haberse mojado, le preguntó cómo había cruzado. ⁶Cuando vio que no lo quería contar, se aferró a sus pies, insitiendo en que no lo iba a soltar hasta que se lo dijera. Notando la determinación de Teodoro, especialmente después de lo que le dijo, él insistió a su vez para que no se lo dijera a nadie hasta su muerte, y así le reveló que fue llevado y depositado en la orilla; que no había caminado sobre el agua, ya que esto sólo es posible al Señor y a quienes El se lo permite, como lo hizo en el caso del gran apóstol Pedro (Mt 14, 29). Teodoro relató esto después de la muerte de Ammón.

⁷Los monjes a los que Antonio habló sobre la muerte de Ammón, se anotaron el día, y cuando, un mes después, los hermanos volvieron desde Nitria, preguntaron y supieron que Ammón se había dormido el mismo día y hora en que Antonio vio su alma llevada hacia lo alto. ⁸Y tanto ellos como los otros quedaron asombrados ante la pureza del alma de Antonio, que podía saber de inmediato lo que había pasado trece días antes, y que era capaz de ver el alma llevada hacia lo alto.

61. ¹En otra ocasión, el conde Arquelao (57) lo encontró en la Montaña Exterior y le pidió solamente que rezara por Policracia (58), la admirable virgen de Laodicea, portadora de Cristo (59). Sufría mucho del estómago y del costado a causa de su excesiva austeridad, y su cuerpo estaba reducido a gran debilidad. ²Antonio oró y el conde anotó el día en que hizo oración. Cuando volvió a Laodicea, encontró sana a la virgen. Preguntando cuándo se había visto libre de su debilidad, sacó el papel donde había anotado la hora de la oración. ³Cuando le contestaron, inmediatamente mostró su anotación en el papel, y todos se asombraron al reconocer que el Señor la había sanado de su dolencia en el mismo momento en que Antonio estaba orando e invocando la bondad del Salvador en su ayuda.

62. ¹En cuanto a sus visitantes, con frecuencia precedía su venida, días y a veces un mes antes, indicando la razón de su visita. Algunos venían sólo a verlo, otros a causa de enfermedades, y otros, atormentados por los demonios. ²Y nadie consideraba el viaje demasiado molesto o que fuera tiempo perdido; cada uno volvía sintiendo que había recibido ayuda. ³Aunque Antonio tenía estos poderes de palabra y visión, sin embargo suplicaba que nadie lo admiraba por esta razón, sino admirara más bien al Señor, porque El nos escucha a nosotros, que somos sólo hombres, a fin de conocerlo lo mejor que podamos.

63. ¹En otra ocasión había bajado de nuevo para visitar las celdas exteriores. Cuando fue invitado a subir a un barco y orar con los monjes, sólo él percibió un olor horrible y sumamente penetrante. La tripulación dijo que había pescado y alimento salado a bordo y que el olor venía de eso, pero él insistió en que el olor era diferente. ²Mientras estaba hablando, un joven que tenía un demonio y había subido a bordo poco antes como polizón, de repente soltó un chillido. ³Reprendido en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el

demonio se fue y el hombre volvió a la normalidad; todos entonces se dieron cuenta de que el hedor venía del demonio.

64. ¹Otra vez un hombre de rango fue donde él, poseído por un demonio. En este caso el demonio era tan terrible que el poseso no estaba consciente de que iba hacia Antonio. Incluso llegaba a devorar sus propios excrementos. El hombre que lo llevó donde Antonio le rogó que orara por él. ²Sintiendo compasión por el joven, Antonio oró y pasó con él toda la noche. Hacia el amanecer el joven de repente se lanzó sobre Antonio y le dio un empujón. Sus compañeros se enojaron ante eso, pero Antonio dijo: “No se enojen con el joven, porque no es él el responsable sino el demonio que está en él. Al ser increpado y mandado irse a lugares desiertos (Lc 11,24), se volvió furioso e hizo esto. Den gracias al Señor, porque el atacarme de este modo es una señal de la partida del demonio”. ³Y en cuanto Antonio dijo esto, el joven volvió a la normalidad. Vuelto en sí, se dio cuenta dónde estaba, abrazó al anciano y dio gracias a Dios.

VISIONES

65. ¹Son numerosas las historias, por lo demás todas concordes, que los monjes han transmitido sobre muchas otras cosas semejantes que él obró. Y ellas, sin embargo, no parecen tan maravillosas como otras aún más maravillosas. ²Una vez, por ejemplo, a la hora de nona (60), cuando se puso de pie para orar antes de comer, se sintió transportado en espíritu y, extraño es decirlo, se vio a sí mismo como si se hallara fuera de sí mismo y como si otros seres lo llevaran en los aires. ³Entonces vio también otros seres terribles y abominables en el aire, que le impedían el paso. Como sus guías ofrecieron resistencia, los otros preguntaron con qué pretexto quería evadir su responsabilidad ante ellos. ⁴Y cuando comenzaron ellos mismos a tomarle cuentas desde su nacimiento, intervinieron los guías de Antonio: “Todo lo que date desde su nacimiento, el Señor lo borró; pueden pedirle cuentas desde cuando comenzó a ser monje y se consagró a Dios” (61). ⁵Entonces comenzaron a presentar acusaciones falsas y como no pudieron probarlas, tuvieron que dejarle libre el paso. Inmediata-

mente se vio a sí mismo acercándose —a lo menos, así le pareció— y juntándose consigo mismo, y así volvió Antonio de nuevo a la realidad (62).

⁶Entonces, olvidándose de comer, pasó todo el resto del día y toda la noche suspirando y orando. Estaba asombrado de ver contra cuántos enemigos debemos luchar y qué trabajos tiene uno para poder abrirse paso por los aires. Recordó que esto es lo que dice el apóstol: “de acuerdo al príncipe de las potencias del aire” (Ef 2, 2). ⁷Ahí está precisamente el poder del enemigo, que pelea y trata de detener a los que intentan pasar. Por eso el mismo apóstol da también su especial advertencia: “Tomen la armadura de Dios que los haga capaces de resistir en el día malo” (Ef. 6, 13), y “no teniendo nada malo que decir de nosotros el enemigo, pueda ser dejado en vergüenza” (Tito 2, 8). ⁸Y los que hemos aprendido esto, recordemos lo que el mismo apóstol dice: “No sé si fue llevado con cuerpo o sin él, Dios lo sabe” (2 Cor 12, 2). Pero Pablo fue llevado al tercer cielo y escuchó “palabras inefables” (2 Cor 12, 2.4), y volvió, mientras que Antonio se vio a sí mismo entrando a los aires y luchando hasta que quedó libre.

66. ¹En otra ocasión tuvo este favor de Dios. Cuando, solo en la montaña y reflexionando, no podía encontrar alguna solución, la Providencia se la revelaba en respuesta a su oración; el santo varón era, con palabras de la Escritura, “enseñado por Dios” (cp. Is 54, 13; Jn 6, 45; 1 Tes 4, 9). ²Así favorecido, tuvo una vez una discusión con algunos visitantes sobre la vida del alma y qué lugar tendría después de esta vida. ³A la noche siguiente le llegó un llamado desde lo alto: “¡Antonio, sal fuera y mira!”. El salió, pues distinguía los llamados que debía escuchar, y mirando hacia lo alto vio una enorme figura, espantosa y repugnante, de pie, que alcanzaba las nubes; y además vio a ciertos seres que subían como con alas. ⁴La primera figura extendía sus manos, y algunos de los seres eran detenidos por ella, mientras otros volaban sobre ella y, habiéndola sobrepasado, seguían ascendiendo sin mayor molestia. Contra ellos el monstruo hacía rechinar sus dientes, pero se alegraba por los otros que habían caído. ⁵En ese momento una voz se dirigió a Antonio: “¡Comprende la visión!” (cp. Dn 9, 23). Se abrió su entendimiento (cp. Lc 24, 45) y se dio cuenta de que eso era el paso de las almas (63) y de que el monstruo que allí estaba era el enemigo, el envidioso de los creyentes.

⁶Sujetaba a los que le correspondían y no los dejaba pasar, pero a los que no había podido dominar, tenía que dejarlos pasar fuera de su alcance (64).

⁷Habiendo visto esto y tomándolo como advertencia, luchó aún más para adelantar cada día hacia lo que le esperaba.

⁸No tenía ninguna inclinación a hablar acerca de estas cosas a la gente. Pero cuando había pasado largo tiempo en oración y estado absorto en toda esa maravilla, y sus compañeros insistían y lo importunaban para que hablara, estaba forzado a hacerlo. Como padre no podía guardar un secreto ante sus hijos. ⁹Sentía que su propia conciencia era limpia y que contarles esto podría servirles de ayuda. ¹⁰Conocerían el buen fruto de la vida ascética, y que a menudo las visiones son concedidas como compensación por las privaciones.

DEVOCION DE ANTONIO A LOS MINISTROS DE LA IGLESIA. ECUANIMIDAD DE SU CARACTER

67. ¹Era paciente por disposición y humildé de corazón. Siendo hombre de tanta fama, mostraba, sin embargo, el más profundo respeto a los ministros de la Iglesia, y exigía que a todo clérigo se le diera más honor que a él (65). ²No se avergonzaba de inclinar su cabeza ante obispos y sacerdotes. Incluso si algún diácono llegaba donde él a pedirle ayuda, conversaba con él lo que le fuera provechoso, pero cuando llegaba la oración le pedía que presidiera, no teniendo vergüenza de aprender. ³De hecho, a menudo planteó cuestiones inquiriendo los puntos de vista de sus compañeros, y si sacaba provecho de lo que otro decía, se lo agradecía.

⁴Su rostro tenía un encanto grande e indescriptible. Y el Salvador le había dado este don por añadidura: si se hallaba presente en una reunión de monjes y alguno a quien no conocía deseaba verlo, ese tal en cuanto llegaba pasaba por alto a los demás, como atraído por sus ojos. ⁵No eran ni su estatura ni su figura las que lo hacían destacar sobre los demás, sino su carácter sosegado y la pureza de su alma. ⁶Ella era imperturbable y así su apariencia externa era tranquila (66). ⁷El gozo de su alma se transparentaba en la alegría de su rostro, y por la forma de expresión de su cuerpo se sabía y conocía la estabilidad de su alma, como lo dice la Escri-

tura: “Un corazón contento alegra el rostro, uno triste deprime el espíritu” (Prov. 15, 13). También Jacob observó que Labán estaba tramando algo contra él y dijo a sus mujeres: “Veo que vuestro padre no me mira con buenos ojos” (Gn 31, 5). También Samuel reconoció a David porque tenía ojos que irradiaban alegría y dientes blancos como la leche (cp. 1 Sam 16, 12; cp. tb. Gn 49, 12).⁸ Así también era reconocido Antonio: nunca estaba agitado, pues su alma estaba en paz; nunca estaba triste, porque había alegría en su alma.

POR LEALTAD A LA FE, ANTONIO INTERVIENE EN LA LUCHA ANTIARRIANA

68. ¹En asuntos de fe, su devoción era sumamente admirable. Por ejemplo, nunca tuvo nada que hacer con los cismáticos melecianos, sabedor desde el comienzo de su maldad y apostasía (67).² Tampoco tuvo ningún trato amistoso con los maniqueos (68) ni con otros herejes, a excepción únicamente de las amonestaciones que les hacía para que volvieran a la verdadera fe. Pensaba y enseñaba que amistad y asociación con ellos perjudicaban y arruinaban el alma.³ También detestaba la herejía de los arrianos (69), y exhortaba a todos a no acercárseles ni a compartir su perversa creencia.⁴ Una vez, cuando algunos de esos impíos arrianos llegaron donde él, los interrogó detalladamente; y al darse cuenta de su impía fe, los echó de la montaña, diciendo que sus palabras eran peores que veneno de serpientes.

69. ¹Cuando en una ocasión los arrianos esparcieron la mentira de que compartía sus mismas opiniones, demostró que estaba enojado e irritado contra ellos.² Respondiendo al llamado de los obispos y de todos los hermanos (70), bajó de la montaña y entrando en Alejandría denunció a los arrianos.³ Decía que su herejía era la peor de todas y precursora del anticristo. Enseñaba al pueblo que el Hijo de Dios no es una criatura ni vino al ser “de la existencia”, sino que “El es la eterna Palabra y Sabiduría de la Substancia del Padre. Por eso es impío decir: ‘hubo un tiempo en que no existía’, pues la Palabra fue siempre coexistente con el Padre. Por eso, no se metan para nada con estos arrianos sumamente impíos; simplemente ‘no hay comunidad entre la luz y las

tinieblas' (2 Cor 6, 14). ⁴Vosotros debéis recordar que sois cristianos temerosos de Dios, pero ellos, al decir que el Hijo y Palabra de Dios Padre es una creatura, no se diferencian de los paganos, que adoran la creatura en lugar de Dios Creador' (Rm 1, 25). ⁵Y estén seguros de que toda la creación está irritada contra ellos, porque cuentan entre las cosas creadas al Creador y Señor de todo, por quien todas las cosas fueron creadas" (cp. Col 1, 16).

70. ¹Todo el pueblo se alegraba al escuchar a semejante hombre anatematizar la herejía que luchaba contra Cristo (71). Toda la ciudad corría para ver a Antonio. ²También los paganos e incluso sus mal llamados sacerdotes, iban a la iglesia diciéndose: "Vamos a ver al varón de Dios" (72), pues así lo llamaban todos. ³Además, también allí el Señor obró por su intermedio expulsiones de demonios y curaciones de enfermedades mentales. ⁴Muchos paganos querían también tocar al anciano, confiando en que serían auxiliados, y en verdad hubo tantas conversiones en esos pocos días como no se las había visto en todo un año. ⁵Algunos pensaron que la multitud lo molestaba y por eso trataron de alejar a todos de él, pero él, sin incomodarse, dijo: "Toda esta gente no es más numerosa que los demonios contra los que tenemos que luchar en la montaña".

71. ¹Cuando se iba y lo estábamos despidiendo, al llegar a la puerta una mujer detrás de nosotros gritaba: "¡Espera, varón de Dios, mi hija está siendo atormentada terriblemente por un demonio! ¡Espera, por favor, o me voy a morir corriendo!". ²El anciano la escuchó, le rogamos que se detuviera y él accedió con gusto. Cuando la mujer se acercó, su hija era arrojada al suelo. ³Antonio oró e invocó sobre ella el nombre de Cristo; la muchacha se levantó sana y el espíritu impuro la dejó. La madre alabó a Dios y todos dieron gracias. Y él también contento partió a la Montaña, a su propio hogar.

LA VERDADERA SABIDURIA

72. ¹Tenía también un grado muy alto de sabiduría práctica. Lo admirable era que, aunque no tuvo educación formal (73),

poseía sin embargo ingenio y comprensión despiertos. ²Un ejemplo: una vez llegaron donde él dos filósofos griegos, pensando que podían divertirse con Antonio. Cuando él, que por ese entonces vivía en la Montaña Exterior, catalogó a los hombres por su apariencia, salió donde ellos y les dijo por medio de un intérprete: “¿Por qué, filósofos, se dieron tanta molestia en venir donde un hombre loco?”. ³Cuando ellos le contestaron que no era loco sino muy sabio, él le dijo: “Si ustedes vinieron donde un loco, su molestia no tiene sentido; pero si piensan que soy sabio; entonces háganse lo que yo soy, porque hay que imitar lo bueno. En verdad, si yo hubiera ido donde ustedes, los habría imitado; a la inversa, ahora que ustedes vinieron donde mí, conviértanse en lo que soy; yo soy cristiano”. ⁴Ellos se fueron, admirados de él; vieron que hasta los demonios temían a Antonio.

73. ¹También otros de la misma clase fueron a su encuentro en la Montaña Exterior y pensaron que podían burlarse de él porque no tenían educación. Antonio les dijo: “Bien, qué dicen ustedes: ¿qué es primero, el sentido o la letra? ¿Y cuál es el origen de cuál?: ¿el sentido de la letra o la letra del sentido?”. ²Cuando ellos expresaron que el sentido es primero y origen de la letra, Antonio dijo: “Por eso, quien tiene una mente sana no necesita las letras” (74). ³Esto asombró a ellos y a los circunstantes. Se fueron admirados de ver tal sabiduría en un hombre iletrado. Porque no tenía las maneras groseras de quien ha vivido y envejecido en la montaña, sino que era hombre de gracia y cortesía. Su hablar estaba sazonado con la sabiduría divina (cp. Col 4, 6), de modo que nadie le tenía mala voluntad, sino que todos se alegraban de haber ido en su busca.

74. ¹Y por cierto, después de éstos vinieron otros todavía. Eran de aquellos que entre los paganos tienen reputación de sabios. Le pidieron que planteara una controversia sobre nuestra fe en Cristo. ²Cuando trataban de argüir con sofismas a partir de la predicación de la divina Cruz con el fin de burlarse, Antonio guardó silencio por un momento y, compadeciéndose primero de su ignorancia, dijo luego a través de un intérprete que hacía una excelente traducción de sus palabras: ³“Qué es mejor: confesar la Cruz o atribuir adulterios y pederastias a sus mal llamados dioses? Pues mantener lo que mantenemos es signo de espíritu viril y

denota desprecio de la muerte, mientras que lo que ustedes pretenden habla sólo de sus pasiones desenfrenadas. ⁴Otra vez, qué es mejor: ¿decir que la Palabra de Dios inmutable quedó la misma al tomar cuerpo humano para la salvación y bien de la humanidad, de modo que al compartir el nacimiento humano pudo hacer a los hombre partícipes de la naturaleza divina y espiritual (cp. 2 Pe 1, 4), o colocar lo divino en un mismo nivel que los seres insensibles y adorar por eso a bestias y reptiles e imágenes de hombres? Precisamente esos son los objetos adorados por sus hombres sabios. ⁵¿Con qué derecho vienen a rebajarnos porque afirmamos que Cristo apareció como hombre, siendo que ustedes hacen provenir el alma del cielo, diciendo que se extravió y cayó desde la bóveda del cielo al cuerpo? ¡Y ojalá que fuera sólo el cuerpo humano, y no que se cambiara y migrara en el de bestias y serpientes! (75). ⁶Nuestra fe declara que Cristo vino para la salvación de las almas, pero ustedes erróneamente teorizan acerca de un Alma increada (76). ⁷Creemos en el poder de la Providencia y en su amor por los hombres y en que esa venida por tanto no era imposible para Dios; pero ustedes, llamando al alma imagen de la Inteligencia (77), le imputan caídas y fabrican mitos sobre su posibilidad de cambios (78). Como consecuencia, hacen a la Inteligencia misma mutable a causa del alma. Porque en cuanto era imagen debe ser aquello cuya imagen es. Pero si ustedes piensan semejantes cosas acerca de la Inteligencia, recuerden que blasfeman del Padre de la Inteligencia (79).

75. ¹“Y referente a la Cruz, qué dicen ustedes que es mejor: ¿soportar la cruz, cuando hombres malvados echan mano de la traición, y no vacilar ante la muerte de ninguna manera o forma, o fabricar fábulas sobre las andanzas de Isis y Osiris (80), las conspiraciones de Tifón, la expulsión de Cronos (81), con sus hijos devorados y sus parricidios? (82). Sí, ¡aquí tenemos su sabiduría!

²“¿Y por qué mientras se ríen de la Cruz, no se maravillan de la Resurrección? Porque los mismos que nos transmitieron un suceso, escribieron también sobre el otro. ³¿O por qué mientras se acuerdan de la Cruz, no tienen nada que decir sobre los muertos devueltos a la vida, los ciegos que recuperaron la vista, los paralíticos que fueron sanados y los leprosos que fueron limpiados, el caminar sobre el mar, y los demás signos y milagros que muestran a Cristo no como hombre sino como Dios? ⁴En todo caso, me parece que ustedes se engañan a sí mismos y que no tie-

nen ninguna familiaridad real con nuestras Escrituras. Pero léanlas y vean que cuanto Cristo hizo prueba que era Dios, que habitaba con nosotros para la salvación de los hombres.

76. ¹“Pero hablénnos también ustedes sobre sus propias enseñanzas. Aunque, ¿qué pueden decir acerca de las cosas insensibles sino insensateces y barbaridades? Pero si, como oigo, quieren decir que entre ustedes tales cosas se hablan en sentido figurado (83), y así convierten el rapto de Coré en alegoría de la tierra; la cojera de Hefestos, del sol; a Hera, del aire; a Apolo, del sol; a Artemisa, de la luna, y a Poseidón, del mar: aún así no adoran ustedes a Dios mismo, sino que sirven a la creatura en lugar del Dios que creó todo. ²Pues si ustedes han compuesto tales historias porque la creación es hermosa, no debían haber ido más allá de admirarla, y no hacer dioses de las creaturas para no dar a las cosas hechas el honor del Hacedor (84). ³En ese caso, ya sería tiempo de que dieran el honor debido al arquitecto, a la casa construida por él, o el honor debido al general, a los soldados. Ahora, ¿qué tienen que decir a todo esto? Así sabremos si la Cruz tiene algo que sirva para burlarse de ella”.

77. ¹Ellos estaban desconcertados y le daban vueltas al asunto de una u otra forma. Antonio sonrió y dijo, de nuevo a través de un intérprete (85): ²“Sólo con ver las cosas ya se tiene la prueba de todo lo que he dicho. Pero dado que ustedes, por supuesto, confían absolutamente en las demostraciones, y es éste un arte en que ustedes son maestros, y ya que nos exigen adorar a Dios sin argumentos demostrativos, díganme esto primero. ³¿Cómo se origina el conocimiento de Dios? ¿Es por una demostración verbal o por un acto de fe? Y qué viene primero: ¿el acto de fe o la demostración verbal?”. Cuando replicaron que el acto de fe precede y que esto constituye un conocimiento exacto, Antonio dijo: “¡Bien respondido! La fe surge de la disposición del alma, mientras la dialéctica viene de la habilidad de los que la idean. De acuerdo a esto, los que poseen una fe activa no necesitan argumentos de palabras, y probablemente los encuentran incluso superfluos. ⁴Pues lo que aprehendemos por la fe, tratan ustedes de construirlo con argumentaciones, y a menudo ni siquiera pueden expresar lo que nosotros percibimos. La conclusión es que una fe activa es mejor y más fuerte que los argumentos sofistas.

78. ¹“Los cristianos, por eso, poseemos el misterio, no basándonos en la razón de la sabiduría griega (cp. 1 Cor 1, 17), sino fundados en el poder de una fe que Dios nos ha garantizado por medio de Jesucristo. ²Por lo que dice a la verdad de la explicación dada, noten cómo nosotros, iletrados, creemos en Dios, reconociendo su Providencia a partir de sus obras. ³Y en cuanto a que nuestra fe es algo efectivo, noten que nos apoyamos en nuestra fe en Cristo, mientras ustedes lo hacen basados en disputas o palabras sofisticadas; sus ídolos fantasmas están pasando de moda, pero nuestra fe se difunde en todas partes. ⁴Ustedes, con todos sus silogismos y sofismas no convierten a nadie del cristianismo al paganismo, pero nosotros, enseñando la fe en Cristo, estamos despojando a sus dioses del miedo que inspiraban (86), de modo que todos reconocen a Cristo como Dios e Hijo de Dios. ⁵Ustedes, con toda su elegante retórica, no impiden la enseñanza de Cristo, pero nosotros, con sólo mencionar el nombre de Cristo crucificado, expulsamos a los demonios que ustedes veneran como dioses. Donde aparece el signo de la Cruz, allí la magia y la hechicería son impotentes y sin efecto.

79. ¹“En verdad, díganos, ¿dónde quedaron sus oráculos? ¿Dónde los encantamientos de los egipcios? ¿Dónde están sus ilusiones y los fantasmas de los magos? ¿Cuándo terminaron estas cosas y perdieron su significado? ¿No fue acaso cuando llegó la Cruz de Cristo? Por eso, ¿es ella la que merece desprecio y no más bien todo lo que ella ha echado abajo, demostrando su impotencia? ²También es notable el hecho de que la religión de ustedes jamás fue perseguida; al contrario, en todas partes goza de honor entre los hombres. Pero los seguidores de Cristo son perseguidos, y sin embargo es nuestra causa la que florece y prevalece, no la suya. ³Su religión, con toda la tranquilidad y protección de que goza, está muriéndose, mientras la fe y enseñanza de Cristo, despreciadas por ustedes y a menudo perseguidas por los gobernantes, han llenado el mundo. ⁴¿En qué tiempo resplandeció tan brillantemente el conocimiento de Dios? ¿O en qué tiempo aparecieron la continencia y la virtud de la virginidad? ¿O cuándo fue tan despreciada la muerte como cuando llegó la Cruz de Cristo? ⁵Y nadie duda de esto al ver a los mártires que desprecian la muerte por causa de Cristo, o al ver a las vírgenes de la Iglesia que por causa de Cristo guardan sus cuerpos puros y sin mancilla.

80. ¹“Estas pruebas bastan para demostrar que la fe de Cristo es la única religión verdadera. pero aquí están ustedes, los que buscan conclusiones basadas en el razonamiento, ustedes que no tienen fe. ²Nosotros no buscamos pruebas, tal como dice nuestro maestro, ‘con palabras persuasivas de sabiduría humana’ (1 Cor 2, 4), sino que persuadimos a los hombres por la fe, fe que precede tangiblemente todo razonamiento basado en argumentos. Vean, aquí hay algunos que son atormentados por los demonios”. ³Estos eran gente que habían venido a verlo y que sufrían a causa de los demonios; haciéndolos adelantarse, dijo: “O bien, sánelos con sus silogismos o con cualquier magia que deseen, invocando a sus ídolos; o bien, si no pueden, dejen de luchar contra nosotros y vean el poder de la Cruz de Cristo”. ⁴Después de decir esto, invocó a Cristo e hizo sobre los enfermos la señal de la Cruz, repitiendo la acción por segunda y tercera vez. De inmediato las personas se levantaron completamente sanas, vueltas a su mente y dando gracias al Señor. ⁵Los mal llamados filósofos estaban asombrados y realmente atónitos por la sagacidad del hombre y por el milagro realizado. ⁶Pero Antonio les dijo: “¿Por qué se maravillan de esto? No somos nosotros sino Cristo quien hace esto a través de los que creen en El. Crean ustedes también y verán que no es palabrería la que tenemos sino fe que por la caridad obra para Cristo (cp. Gl 5, 6); si ustedes también hacen suyo esto, no necesitarán ya andar buscando argumentos de la razón, sino que hallarán que la fe en Cristo es suficiente”. ⁷Así habló Antonio. Cuando partieron, lo admiraron, lo abrazaron y reconocieron que los había ayudado.

LOS EMPERADORES ESCRIBEN A ANTONIO

81. ¹La fama de Antonio llegó hasta los emperadores. Cuando Constantino Augusto y sus hijos Constancio Augusto y Constante Augusto, oyeron estas cosas, le escribían como a un padre, rogándole que les contestara. ²El, sin embargo, no dio mucha importancia a los documentos ni se alegró por las cartas; siguió siendo el mismo que antes de que le escribiera el emperador. ³Cuando le llevaron los documentos, llamó a los monjes y dijo: “No deben sorprenderse si un emperador nos escribe, por-

que es hombre; deberían sorprenderse más bien que Dios haya escrito la ley para la humanidad y nos haya hablado por medio de su propio Hijo”. ⁴En verdad, ni quería recibir las cartas, diciendo que no sabía qué contestar. Pero los monjes lo persuadieron haciéndole presente que los emperadores eran cristianos y que se ofenderían al ser ignorados; entonces accedió a que se las leyeran. ⁵Y les contestó, recomendándoles que dieran culto a Cristo y dándoles el saludable consejo de no apreciar demasiado las cosas de este mundo sino más bien recordar el juicio venidero, y saber que sólo Cristo es el Rey verdadero y eterno. ⁶Les rogaba que fueran humanos y que hicieran caso de la justicia y de los pobres. Y ellos estuvieron felices al recibir su respuesta. Por eso era amado por todos, y todos deseaban tenerlo como padre.

ANTONIO PREDICE LOS ESTRAGOS DE LA HEREJIA ARRIANA

82. ¹Dando tal razón de sí mismo y contestando así a los que lo buscaban, volvió a la Montaña Interior. Continuó observando sus acostumbradas prácticas ascéticas, y a menudo, cuando estaba sentado o caminando con visitantes, se quedaba mudo, como está escrito en el libro de Daniel (cp. Dn 4, 16 LXX). ²Después de un tiempo, retomaba lo que había estado diciendo a los hermanos que estaban con él, y los presentes se daban cuenta de que había tenido una visión. ³Pues a menudo cuando estaba en la montaña veía cosas que sucedían incluso en Egipto, como se lo confesó al obispo Serapión (87), cuando éste se encontraba en la Montaña Interior y vio a Antonio en trance de visión.

⁴En una ocasión, por ejemplo, mientras estaba sentado trabajando, tomó la apariencia de alguien que está en éxtasis, y se lamentaba continuamente por lo que veía. Después de algún tiempo volvió en sí, lamentándose y temblando, y se puso a orar postrado; quedando largo tiempo en esa posición. Y cuando se incorporó, el anciano estaba llorando. ⁵Entonces los que estaban con él se agitaron y alarmaron muchísimo, y le preguntaron qué pasaba; lo urgieron por tanto tiempo que lo obligaron a hablar. Suspirando profundamente, dijo: “Oh, hijos míos, sería mejor morir antes de que sucedan las cosas de la visión”. ⁶Cuando ellos

le hicieron más preguntas, dijo entre lágrimas: “La ira está a punto de golpear a la Iglesia, y ella está a punto de ser entregada a hombres que son como bestias insensibles. Pues vi la mesa de la casa del Señor y había mulas en torno, rodeándola por todas partes y dando coces con sus cascos a todo lo que había dentro, tal como el coceo de una manada briosa que galopa desenfrenada. Ustedes seguramente oyeron cómo me lamentaba; es que escuché una voz que decía: “Mi altar será profanado”.

⁷Así habló el anciano. Y dos años después llegó el actual asalto de los arrianos y el saqueo de las iglesias (88), cuando se apoderaron a la fuerza de los vasos y los hicieron llevar por los paganos; cuando también forzaron a los paganos de sus tiendas para ir a sus reuniones y en su presencia hicieron lo que se les antojó sobre la sagrada mesa (89). Entonces todos nos dimos cuenta de que el coceo de mulas predicho por Antonio era lo que los arrianos están haciendo como bestias brutas.

⁸Cuando tuvo esta visión, consoló a sus compañeros: “No se descorazonen, hijos míos, pues aunque el Señor ha estado enojado, nos restablecerá después. Y la Iglesia recobrarán rápidamente la belleza que le es propia y resplandecerá con su esplendor acostumbrado. Verán a los perseguidos restablecidos y a la irreligión retirándose de nuevo a sus propias guaridas, y a la verdadera fe afirmándose en todas partes con completa libertad. ⁹Pero tengan cuidado con no dejarse manchar con los arrianos. Toda su enseñanza no es de los apóstoles, sino de los demonios y de su padre, el diablo. Es estéril e irracional, y le falta inteligencia, tal como le falta el entendimiento a las mulas” (90).

ANTONIO, TAUMATURGO DE DIOS Y MEDICO DE ALMAS

83. ¹Tal es la historia de Antonio. No deberíamos ser escépticos porque sea a través de un hombre que han sucedido estos grandes milagros. Pues es la promesa del Salvador: “Si tienen fe aunque sea como un grano de mostaza, le dirán a este monte: ‘¡Muévete de aquí!’ y se moverá; nada les será imposible” (Mt 17, 20). Y también: “En verdad, les digo: todo lo que le pidan al Padre en mi Nombre, El se lo dará... Pidan y recibirán” (Jn 16, 23 s.). ²El es quien dice a sus discípulos y a todos los que

creen en El: “Sanen a los enfermos..., echen fuera a los demonios; gratis lo recibieron, gratis tienen que darlo” (Mt 10, 8).

84. ¹Antonio, pues, sanaba no dando órdenes sino orando e invocando el nombre de Cristo, de modo que para todos era claro que no era él quien actuaba sino el Señor quien mostraba su amor por los hombres sanando a los que sufrían, por intermedio de Antonio. ²Antonio se ocupaba sólo de la oración y de la práctica de la ascesis, y por esta razón llevaba su vida montañesa, feliz en la contemplación de las cosas divinas, y apenado de que tantos lo perturbaran y lo forzaran a salir a la Montaña Exterior.

³Los jueces, por ejemplo, le rogaban que bajara de la montaña, ya que para ellos era imposible ir allá a causa del séquito de gente envuelta en pleitos. Le pidieron que fuera a ellos para que pudieran verlo. El trató de librarse del viaje y les rogó que lo excusaran de hacerlo. Ellos insistieron, sin embargo, e incluso le mandaron procesados con escolta de soldados, para que en consideración a ellos se decidiera a bajar. ⁴Bajo tal presión, y viéndolos lamentarse, fue a la Montaña Exterior. De nuevo, la molestia que se tomó no fue en vano, pues ayudó a muchos y su llegada fue verdadero beneficio. ⁵Ayudó a los jueces aconsejándoles que dieran a la justicia precedencia sobre todo lo demás, que temieran a Dios y que recordaran que “serían juzgados con la medida que juzgaran” (Mt 7, 2). Pero amaba su vida montañesa por encima de todo.

85. ¹Una vez importunado por personas que necesitaban ayuda y solicitado por el comandante militar que envió mensajes a pedirle que bajara, fue y habló algunas palabras acerca de la salvación y a favor de los que lo necesitaban, y luego se dio prisa para irse. ²Cuando el duque (91), como lo llaman, le rogó que se quedara, le contestó que no podía pasar más tiempo con ellos, y lo satisfizo con esta hermosa comparación: “Tal como un pez muere cuando está algún tiempo en tierra seca, así también los monjes se pierden cuando holgazanean y pasan mucho tiempo entre ustedes. Por eso, tenemos que volver a la montaña, como el pez al agua. De otro modo, si nos entretenemos podemos perder de vista la vida interior” (92). ³El comandante al escucharle esto y muchas otras cosas más, dijo admirado que era verdaderamente siervo de Dios, pues, ¿de dónde podía un hombre ordinario tener una inteligencia tan extraordinaria si no fuera amado por Dios?

86. ¹Había una vez un comandante —Balacio era su nombre—, que como partidario de los execrables arrianos perseguía duramente a los cristianos. En su barbarie llegaba hasta golpear a las vírgenes y desnudar y azotar a los monjes. Entonces Antonio le envió una carta diciéndole lo siguiente: ²“Veo que el juicio de Dios se te acerca; deja, pues, de perseguir a los cristianos para que no te sorprenda el juicio; ahora está a punto de caer sobre ti”. ³Pero Balacio se echó a reír, tiró la carta al suelo y la escupió, maltrató a los mensajeros y les ordenó que llevaran este mensaje a Antonio: “Veo que estás muy preocupado por los monjes, vendré también por ti”. ⁴No habían pasado cinco días cuando el juicio de Dios cayó sobre él. Balacio y Nestorio, prefecto de Egipto, habían salido a la primera estación fuera de Alejandría, llamada Chereu; ambos iban a caballo. Los caballos pertenecían a Balacio y eran los más mansos que tenía. ⁵No habían llegado aún al lugar, cuando los caballos, como acostumbraban hacerlo, comenzaron a retozar uno contra otro, y de repente el más manso de los dos, que cabalgaba Nestorio, mordió a Balacio, lo echó abajo y lo atacó. Le rasgó el muslo tan malamente con sus dientes, que tuvieron que llevarlo de vuelta a la ciudad, donde murió después de tres días. Todos se admiraron de que lo predicho por Antonio se cumpliera tan rápidamente.

87. ¹Así dio escarmiento a los duros. Pero en cuanto a los demás que acudían a él, sus íntimas y cordiales conversaciones con ellos les hacían olvidar inmediatamente sus litigios y hacían considerar felices a los que abandonaban la vida del mundo. ²De tal modo luchaba por la causa de los agraviados que se podía pensar que él mismo y no los otros era la parte agraviada. ³Además tenía tal don para ayudar a todos, que muchos militares y hombres de gran influjo abandonaban su vida gravosa y se hacían monjes. ⁴En una palabra, era como si Dios hubiera dado un médico a Egipto. ⁵¿Quién acudió a él con dolor sin volver sin alegría? ⁶¿Quién llegó llorando por sus muertos y no echó fuera inmediatamente su duelo? ⁷¿Hubo alguno que llegara con ira y no la transformara en amistad? ⁸¿Qué pobre o arruinado fue donde él, y al verlo y oírlo no despreció la riqueza y se sintió consolado en su pobreza? ⁹¿Qué monje negligente no ganó nuevo fervor al visitarlo? ¹⁰¿Qué joven, llegando a la montaña y viendo a Antonio, no renunció tempranamente al placer y comenzó a amar la castidad? ¹¹¿Quién se le acercó atormentado por un demonio y no fue librado? ¹²¿Quién llegó con un alma torturada y no encontró la paz del corazón?

88. ¹Era algo único en la práctica ascética de Antonio que tuviera, como establecí antes, el don del discernimiento de espíritus. Reconocía sus movimientos y sabía muy bien en qué dirección llevaba cada uno de ellos su esfuerzo y ataque. ²No sólo que él mismo no fue engañado por ellos, sino que, alentando a otros que eran hostigados en sus pensamientos, les enseñó cómo resguardarse de sus designios, describiendo la debilidad y ardidés de los espíritus que practicaban la posesión. Así cada uno se marchaba como ungido por él (93) y lleno de confianza para la lucha contra los designios del diablo y sus demonios.

³¡Y cuántas jóvenes que tenían pretendientes pero que vieron a Antonio sólo de lejos, quedaron vírgenes por Cristo! ⁴La gente llegaba donde él también de tierras extrañas, y también ellos recibían ayuda como los demás, retornando como enviados en su camino por un padre. ⁵Y en verdad, ahora que ya partió, todos, como huérfanos que han perdido a su padre, se consuelan y confortan sólo con su recuerdo, guardando al mismo tiempo con cariño sus palabras de admonición y consejo.

MUERTE DE ANTONIO

89. ¹Este es el lugar para que les cuente y oigan, ya que están deseosos de ello, cómo fue el fin de su vida, pues también en esto fue modelo digno de imitar.

²Según su costumbre, visitaba a los monjes en la Montaña Exterior. Recibiendo una premonición de su muerte de parte de la Providencia, habló a los hermanos: “Esta es la última visita que les hago y me admiraría si nos volvemos a ver en esta vida. Ya es tiempo de que muera, pues tengo casi ciento cinco años”. ³Al oír esto, se pusieron a llorar, abrazando y besando al anciano. Pero él, como si estuviera por partir de una ciudad extranjera a la suya propia, charlaba gozosamente. ⁴Los exhortaba a “no relajarse en sus esfuerzos ni a desalentarse en la práctica de la vida ascética, sino a vivir como si tuvieran que morir cada día, y, como dije antes, a trabajar duro para guardar el alma limpia de pensamientos impuros, y a imitar a los hombres santos. ⁵No se acerquen a los cismáticos melecianos, pues ya conocen su enseñanza perversa e impía. ⁶No se metan para nada con los arrianos, pues su irreligión

es clara para todos. Y si ven que los jueces los apoyan, no se dejen confundir: esto se acabará, es un fenómeno que es mortal y destinado a su fin en corto tiempo. ⁷Por eso, manténganse limpios de todo esto y observen la tradición de los padres y, sobre todo, la fe ortodoxa en nuestro Señor Jesucristo, como lo aprendieron de las Escrituras y yo tan a menudo se lo recordé”.

90. ¹Cuando los hermanos lo instaron a quedarse con ellos y morir allí, se rehusó a ello por muchas razones, según dijo, aunque sin indicar ninguna. ²Pero especialmente era por esto: los egipcios tienen la costumbre de honrar con ritos funerarios y envolver en sudarios de lino los cuerpos de los hombres santos y particularmente de los santos mártires; pero no los entierran, sino que los colocan sobre divanes y los guardan en sus casas, pensando honrar al difunto de esta manera (94). ³Antonio a menudo pidió incluso a los obispos que dieran instrucciones al pueblo sobre este asunto. Asimismo avergonzó a los laicos y reprobó a las mujeres, diciendo que “esto no era correcto ni reverente en absoluto. Los cuerpos de los patriarcas y de los profetas se guardan en tumbas hasta estos días; y el cuerpo del Señor también fue depositado en una tumba y pusieron una piedra sobre él (Mt. 27, 60), hasta que resucitó al tercer día”. ⁴Al plantear así las cosas, demostraba que cometía error el que no daba sepultura a los cuerpos de los difuntos, por santos que fueran. Y en verdad, ¿qué hay más grande o más santo que el cuerpo del Señor? ⁵Como resultado, muchos que lo escucharon comenzaron desde entonces a sepultar a sus muertos (95), y dieron gracias al Señor por la buena enseñanza recibida.

91. ¹Sabiendo esto, Antonio tuvo miedo de que pudieran hacer lo mismo con su propio cuerpo. Por eso, despidiéndose de los monjes de la Montaña Exterior, se apresuró hacia la Montaña Interior, donde acostumbraba vivir. ²Después de pocos meses, cayó enfermo. Llamó a los que lo acompañaban —había dos que llevaban la vida ascética desde hacía quince años y se preocupaban de él a causa de lo avanzado de su edad— (96), y les dijo: ³“Me voy por el camino de mis padres, como dice la Escritura (cp. Re 2,2; Jos 23, 14), pues me veo llamado por el Señor. ⁴En cuanto a ustedes, estén en guardia y no hagan tabla rasa de la vida ascética que han practicado tanto tiempo. Esfuércense por mantener su entusiasmo como si estuvieran recién comenzando. ⁵Ya cono-

cen a los demonios y sus designios, conocen también su furia y también su incapacidad. Así, pues, no los teman; dejen más bien que Cristo sea el aliento de su vida y pongan su confianza en El. ⁶Vivan como si cada día tuvieran que morir, poniendo atención a ustedes mismos y recordando todo lo que me han escuchado. ⁷No tengan ninguna comunión con los cismáticos y absolutamente nada con los herejes arrianos. Saben cómo yo mismo me cuidé de ellos a causa de su pertinaz herejía en contra de Cristo. ⁸Muestran ansia de manifestar su lealtad primero al Señor y luego a sus santos, ‘para que después de su muerte los reciban en las moradas eternas’ (Lc 16, 9), como a amigos familiares. Grábense este pensamiento, ténganlo como propósito. ⁹Si ustedes realmente tienen preocupación por mí y me consideran su padre, no permitan que nadie lleve mi cuerpo a Egipto, no sea que me vayan a guardar en sus casas. Esta fue mi razón para venir acá, a la montaña. Saben cómo siempre avergoncé a los que hacen eso y los intimé a dejar tal costumbre. ¹⁰Por eso, háganme ustedes mismos los funerales y sepulsen mi cuerpo en tierra, y respeten de tal modo lo que les he dicho, que nadie sino ustedes sepa el lugar. En la resurrección de los muertos, el Salvador me lo devolverá incorruptible. ¹¹Distribuyan mi ropa. Al obispo Atanasio denle una túnica y el manto donde yazgo, que él mismo me dio pero que se ha gastado en mi poder; al obispo Serapión denle la otra túnica, y ustedes pueden quedarse con la camisa de pelo (47, 2). Y ahora, hijos míos, Dios los bendiga. Antonio se va y no está más con ustedes”.

92. ¹Después de decir esto y de que ellos lo hubieron besado, estiró sus pies; su rostro estaba transfigurado de alegría y sus ojos brillaban de regocijo como si viera a amigos que vinieran a su encuentro, y así falleció y fue a reunirse con sus padres (97). ²Ellos entonces, siguiendo las órdenes que les había dado, prepararon y envolvieron el cuerpo y lo enterraron ahí en la tierra. Y hasta el día de hoy, nadie, salvo esos dos, sabe dónde está sepultado (98). ³En cuanto a los que recibieron las túnicas y el manto usados por el bienaventurado Antonio, cada uno guarda su regalo como gran tesoro. Mirarlos es ver a Antonio y ponérselos es como revestirse de sus exhortaciones con alegría.

93. ¹Este fue el fin de la vida de Antonio en el cuerpo, como antes tuvimos el comienzo de su vida ascética. Y aunque este sea un pobre relato comparado con la virtud del hombre, recíbanlo,

sin embargo, y reflexionen qué clase de hombre fue Antonio, el varón de Dios. ²Desde su juventud hasta una edad tan avanzada conservó una devoción inalterable a la vida ascética. ³Nunca tomó la ancianidad como excusa para ceder al deseo de alimentación abundante, ni cambió su forma de vestir por la debilidad de su cuerpo, ni tampoco lavó sus pies con agua. Y, sin embargo, su salud se mantuvo totalmente sin perjuicio. ⁴Por ejemplo, incluso sus ojos eran perfectamente normales, de modo que su vista era excelente; no había perdido ni un solo diente; sólo se le habían gastado hasta casi las encías por la gran edad del anciano. ⁵Mantuvo manos y pies sanos, y en total aparecía con mejores colores y más fuerte que los que usan una dieta diversificada, baños y variedad de vestidos.

⁶El hecho de que llegó a ser famoso en todas partes, de que encontró admiración universal y de que su pérdida fue sentida aun por gente que nunca lo vio, subraya su virtud y el amor que Dios le tenía. ⁷Antonio ganó renombre no por sus escritos ni por sabiduría de palabras ni por ninguna otra cosa, sino sólo por su servicio a Dios.

⁸Y nadie puede negar que esto es don de Dios. ¿Cómo explicar, en efecto, que este hombre, que vivió escondido en una montaña, fuera conocido en España y Galia, en Roma y Africa, sino por Dios, que en todas partes hace conocidos a los suyos, que, más aún, había dicho esto a Antonio en los mismos comienzos? (10, 3). ⁹Pues aunque hagan sus obras en secreto y deseen permanecer en la oscuridad, el Señor los muestra públicamente como lámparas a todos los hombres (Mt 5, 16), y así, los que oyen hablar de ellos, pueden darse cuenta de que los mandamientos llevan a la perfección, y entonces cobran valor por la senda que conduce a la virtud.

EPILOGO

94. ¹Ahora, pues, lean esto a los demás hermanos, para que también ellos aprendan cómo debe ser la vida de los monjes, y se convenzan de que nuestro Señor y Salvador Jesucristo glorifica a los que lo glorifican. ²El no sólo conduce al Reino de los Cielos a quienes lo sirven hasta el fin, sino que, aunque se escondan y

hagan lo posible por vivir fuera del mundo, hace que en todas partes se los conozca y se hable de ellos, por su propia santidad y por la ayuda que dan a otros. ³Si la ocasión se presenta, léanlo también a los paganos, para que a lo menos de este modo puedan aprender que nuestro Señor Jesucristo es Dios e Hijo de Dios, y que los cristianos que lo sirven fielmente y mantienen su fe ortodoxa en El, demuestran que los demonios, considerados dioses por los paganos, no son tales, sino que, más aún, los pisotean y ahuyentan por lo que son: engañadores y corruptores de hombres.

Por nuestro Señor Jesucristo, de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

Las obras citadas sólo con nombre de autor son las indicadas en la bibliografía, p. 178. Los números sin mayor indicación se refieren a los capítulos y párrafos de la "Vida". E = versión latina de Evagrio; cp = compare; tb = también.

(1) El título que trae E es probablemente el original: *Athanasius episcopus ad peregrinos fratres*. La palabra latina "frater" (hermano) fue usada por la latinidad cristiana con el sentido de "hermano en Cristo", "cristiano". En la literatura monacal "hermano" llegó a ser sinónimo de "monje". MEYER 106; LORIE 34 ss.; LAMPE 30.

(2) Se trata de monjes occidentales que, al parecer, le pidieron a San Atanasio este servicio. El patriarca estuvo relegado en Tréveris en 336/337; en marzo de 340 fue de nuevo deportado; esta vez estuvo en Roma. Visitó Milán y volvió a estar en Tréveris.

(3) El sentido original de "monje" es del que vive en soledad. Cuando el monacato fue estructurándose hacia una mayor comunidad de vida, la palabra fue ampliando su significado. Denota cualquier monje, viva solitario o en un monasterio. La insistencia de S. Atanasio en subrayar la soledad de S. Antonio, indica que usa la palabra en su sentido original. Pero, por otro lado, ya debía estar consciente de la ampliación del significado, por las características de los monjes occidentales que conoció, y también por su convivencia con los monjes de S. Pacomio, entre los cuales pasó sus últimos destierros; ahora bien, ellos no eran solitarios sino monjes de vida comunitaria. LAMPE 878 ss.; LORIE 24 ss.; COLOMBAS 40 ss.

(4) La "ascesis" que significa "ejercicio, práctica, entrenamiento", designa en el lenguaje cristiano el estudio de las Escrituras, la práctica de las virtudes, la vida devota, la disciplina espiritual, la vida austera. Como término técnico denota la vida monacal y sus prácticas. S. Atanasio la utiliza en este sentido, pero con todos los matices anteriores. Es la tarea propia de los monjes, que exige toda clase de virtudes y modificaciones, requiere un ejercicio continuo y tiene como finalidad la perfección, no por amor a sí mismo sino por amor a Dios. Su fruto es la sabiduría espiritual, con la pureza del corazón, el discernimiento de espíritus, la conciencia de la presencia de Dios y el goce de su comunicación. El sentido fundamental es, sin embargo, la austera y difícil disciplina de sí mismo. LAMPE 244; LORIE 65 ss.

(5) Literalmente: “monasterios”. Originalmente la palabra designaba la habitación de un solitario. Paulatinamente, y pasando por la organización de colonias de solitarios (44, 2-4), el término se aplica a la residencia de los monjes de vida comunitaria. Para evitar la connotación ya demasiado precisa de “monasterio”, hemos preferido en esta versión “celda” o “celda monacal”. LAMPE 878; MEYER 111; LORIE 43 ss.; COLOMBAS 75-76.

(6) Una variante del texto griego —“ya que fui su compañero y vertí agua en sus manos”— hace a S. Atanasio discípulo y compañero de celda de S. Antonio. La mayor parte de los críticos se inclina por la variante que hemos traducido en el texto: MEYER 106; L. v. HERTLING, *Studio storici antoniani*, Stud. Ans. 38 (1956), 23; COLOMBAS 51.

(7) Tal vez no hay que tomar esto demasiado al pie de la letra. Es más probable que S. Atanasio desde el comienzo de la “*Vida*” esté interesado en señalar la contraposición entre sabiduría divina y rusticidad humana. Cp 20, 4; 33, 5; 72, 1; 73, 3. En todo caso, S. Atanasio no poseía la cultura griega, ya que para hablar con griegos necesita intérprete. Cp tb nota (73).

(8) Es difícil determinar con seguridad la certeza histórica de los detalles de esta descripción de la infancia de S. Antonio. Este habría sido ya de niño un pequeño asceta. No se puede negar la tendencia edificante. La hagiografía posterior abusó ampliamente de este recurso, hasta hacer increíbles las infancias de los santos. Pero aun así, la existencia concreta de niños santos y ciertas indicaciones de la psicología infantil, deberían ponernos en guardia contra un rechazo absoluto de lo contenido en este capítulo.

(9) Cp S. AGUSTIN, *Confesiones*, 8, 12. 29.

(10) Una “arura” = m/m 2.700 m². La extensión correspondía más o menos a 80 Has.

(11) E (PL 73, 128A) añade: más necesitada por su sexo y edad.

(12) Los “*Apotegmas de los Padres*” (Antonio 20; PG 65, 81C; PL 73, 772C; Guy 25; Dion 87) relatan: “Un hermano había renunciado al mundo y distribuido sus bienes a los pobres, pero se había reservado un poco. Vino a Antonio, quien, informado del asunto, le dijo: Si quieres ser monje, anda a la ciudad, compra carne, cubre con ella tu cuerpo desnudo, y vuelve. El hermano lo hizo así. Pero vinieron los perros y las aves y le desgarraron el cuerpo. De vuelta donde Antonio, éste le preguntó si había hecho lo que le había aconsejado. Entonces le mostró su cuerpo lacerado. Antonio le dijo: Los que renuncian al mundo y quieren guardar dinero, son lacerados así cuando los atacan los demonios”.

(13) Esta sería la primera vez que aparece la palabra “*parthenôn*” en el sentido cristiano de “casa o grupo de vírgenes”. En esta época temprana (c. 271), las mujeres religiosas vivían generalmente todavía con sus familias, aunque se reunían para ejercicios comunes. Más tarde, la “*Vida*” nos dice que la hermana de Antonio fue hecha superiora de un grupo de vírgenes (54, 6). Pero una variante del texto griego, apoyada por diversas versiones, trae: consagró su hermana “a la virginidad”. MEYER 107; COLOMBAS 58. Hemos seguido a E., dejando la imprecisión.

(14) La doctrina de la oración incesante goza de tradición ininterrumpida en la literatura monacal. El tema como tal, que proviene de la enseñanza del NT, fue desarrollado especialmente por la escuela alejandrina, con Clemente y Orígenes. Se ha podido establecer que muchas ideas de estos dos doctores, aunque no todas, se hallan en la “*Vida*”. La oración incesante no es, sin embargo, un punto aislado sino que se halla estrechamente unido a la práctica de la virtud y a la pureza del corazón. Según la “*Vida*”, la vida ascética tiende a la recuperación para el alma del estado en que fue creada por Dios antes del pecado. A ello se llega por la práctica constante y decidida de la renuncia, la abnegación, la mortificación. Pero en todo este proceso hacia la pureza de corazón, la oración constituye el elemento central, que es a la vez medio y fin de la vida ascética. La oración es sostenida, a su vez, por la lectura (o memorización) y meditación de la Escritura. La meta final es

aquella perfecta paz del espíritu, que nada externo ni interno puede perturbar, porque todo el ser del monje está penetrado de las cosas de Dios. La oración incesante es la contemplación amante de lo que Dios ha hecho y luchado por y en el monje. CP M. J. MARX, *Incessant Prayer in the Vita Antonii*, Stud. Anse. 38 (1956) 108-135.

(15) Reminiscencia de Lc 8, 15. De más de un monje se decía que sabía de memoria la Escritura, como p. ej. apa Or, apa Ammón, o los monjes pacomianos, según Paladio en su "Historia Lausiaca". MEYER 108.

(16) En conformidad a la enseñanza del NT, aparece aquí la suma y esencia de toda vida santa: el amor a Dios y al prójimo, con la nota típicamente atanasiana de un marcado cristocentrismo. Tal como en el NT, se conocen diversas listas de virtudes, y la misma "Vida" presenta otra en 17, 7.

(17) Siempre fue rasgo característico de los monjes antiguos el deseo por aprender de otros imitando sus virtudes más salientes. Sin embargo, es interesante hacer notar que en la "Vida" no se trata de un afán exhibicionista por establecer una especie de competición al respecto. Siempre destaca el perfecto equilibrio espiritual de S. Antonio y el profundo respeto por los carismas ajenos.

(18) "Amigo de Dios" es el título que la Escritura atribuye al patriarca Abraham y a los profetas en general; c. Stogo 2, 23; Sab 7, 27; 2 Crón 20, 7; Is 41, 8; Judit 8, 22; de Moisés: Ex 33, 11; Núm 12, 8. Apoyada en el lenguaje bíblico, la tradición cristiana desde los primeros siglos llamó "amigos de Dios" a los justos que gozaban de la gracia o del favor particular de Dios (cp Jn 15, 15). E. T. BETTENCOURT, *L'idéal religieux de S. Antoine*, Stud. Ans. 38 (1956) 48; B. STEIDLE, *Homo Dei Antonius*, ib., 189 ss.

(19) El tiempo y la experiencia han hecho al diablo un experto en mañas. Cp S. Cipriano, ad Fortum. 2: "Adversarius vetus est... usu ipso vetustatis edidicit". Cp tb S. Jerónimo, Ep 22, 7, 29; Ep 125, 12. Ver tb c. 40 de la "Vida". MEYER 108-109.

(20) E (PL 73, 129D) añade: El le ofrecía el camino de la adolescencia, resbaladizo, fácil para caer; pero éste, considerando los eternos tormentos del juicio futuro, conservaba incólume la pureza del alma en medio de las tentaciones.

(21) "Negro" el uso de esta palabra no era infrecuente entre romanos y griegos en un sentido moral traslaticio, para designar malicia o perversidad. Lo mismo en el uso primitivo cristiano. Dar el color negro al autor del mal y de toda niquidad era muy común. Dado que los etíopes y egipcios eran de tez muy oscura, el diablo fue a menudo designado con tales nombres nacionales. LAMPE 840; MEYER 109.

(22) Los antiguos consideraban las ruinas de mausoleos, las tumbas y los desiertos como ambiente predilecto de los demonios. Los tres tienen en común ser lugares abandonados, no habitados por los hombres, y donde el demonio no es combatido por el bien ni por los exorcismos. Sólo los malhechores se refugian en ellos (cp Hech 21, 38). CP Mc 5, 2-5; Lc 8, 29; 11-24. La morada escogida por Antonio es probablemente un cementerio abandonado. E. T. BETTENCOURT, o.c. 50; COCOMBAS 59.

(23) En la mitología antigua a los servidores de los dioses se los llamaba a menudo "perros"; cp tb 42, 1. MEYER 110.

(24) E (PL 73, 132B) añade: El leopardo con sus diversos colores indicaba la variedad de astucias de su autor.

(25) Se trata de la llamada "Montaña Exterior", donde S. Antonio pasó veinte años de absoluta reclusión. Es en Pispir, en el banco oriental del Nilo, a más o menos 90 kms. al sur de Menfis. El desierto de Nitria queda al noroeste, al otro lado del Nilo, directamente al sur de Alejandría. Al sur de Heracleópolis, a ambos lados del Nilo, está el "gran desierto" de la Tebaida, el hogar del monacato egipcio de S. Pacomio. MEYER 110; COLOMBAS 93 ss.

(26) E (PL 73, 134B) añade: y se reuniera una infinita cantidad de enfermos.

(27) Aunque la “Vida” es muy sobria en cuanto a detallar la vida mística personal de S. Antonio, hay diversas anotaciones que permiten ver la íntima relación entre vida ascética y vida mística. En este pasaje, S. Antonio es presentado como llegado al culmen de la vida cristiana: ha penetrado los misterios de la fe cristiana y puede ser considerado portador del Espíritu de Dios. La escena tiene miniscencias del descenso de Moisés, Ex 34, 29 ss. S. Antonio, “divinizado” así dar esa vida íntima con Dios, es ahora apto para transmitir vida divina; la paternidad espiritual es el fruto de su retiro absoluto. LAMPE 642, 890; LORIE 133 ss.; ETENCOURT o.c. 51-52.

(28) E (PL 73, 135A) añade: Habiendo comenzado así, se calló un momento, y admirando la excesiva generosidad de Dios, continuó.

(29) E (PL 73, 135D) trae una lista algo diversa de estas diez virtudes (cp tb 4, 2-3): sabiduría, castidad, justicia, fortaleza, vigilancia, amor a los pobres, fe en Cristo, mansedumbre, hospitalidad.

(30) S. AGUSTIN, en sus *Enarrat. in Pss.* 38, 12, dice que hay una manera de llevar con nosotros las riquezas de la tierra: mandándolas delante de nosotros en las manos de los pobres.

(31) E (PL 73, 137A) añade: Nos basta el adorno natural. No ensucies, hombre, lo que te concedió la generosidad divina. Querer cambiar la obra de Dios, es mancharla.

(32) La concepción del aire como ambiente de los demonios es extraña al AT y a la apocalíptica judía. Es creencia común en el mundo griego y helenista, pero también presente en el judaísmo rabínico. La literatura cristiana antigua, incluido el NT (cp Ef), comparte la misma creencia, pero el aire no es el ambiente natural de los demonios, sino que han caído ahí desde su primera morada, el cielo. El aire es también el lugar de sus órdenes y de sus guerras. Cp S. AGUSTIN, *De Civ. Dei* 8, 15.22. J. DANIELOU, *Les démons de l'air dans la Vie d'Antoine*, Stud. Ans. 38 (1956) 136-147; MEYER 112.

(33) Los mitos religiosos griegos eran, según Justino, Apol. 1, 54, invenciones de los espíritus malos. Los varios ritos paganos semejantes a los sacramentos cristianos, son un remedo de ellos, inspirados por los demonios. Otros autores establecen que los antiguos poetas griegos fueron inspirados por espíritus impostores. Asimismo los antiguos oráculos también eran obra del demonio, Cp 78, 5; 79, 1. MEYER 112-113.

(34) Dentro de la dificultad del mundo antiguo para concebir una naturaleza espiritual, aparece aquí esta imagen materialista y grosera de los demonios. Ver tb nota (63).

(35) Ya Orígenes, en *Contra Celsum* 4, 92 s., participaba de esta opinión; su superioridad a cualquier sustancia corpórea les da en cierta medida la facultad de pronosticar eventos futuros. Al recurrir a disfraces animales, engañan a los curiosos y crédulos.

(36) Es decir, el Nilo, que, para un egipcio era lo que hacía Egipto. También en el AT el Nilo es llamado generalmente “el Río”, o “el gran Río”. MEYER 114.

(37) “*Theotókos*”, Dei genetrix, Deipara. Es el último más célebre de la Virgen María, con el que se designa su maternidad divina. Fue piedra de toque en las controversias cristológicas del siglo V sobre la persona de Cristo. El título fue negado por el patriarca Nestorio de Constantinopla (+ c. 451), por no ser escriturístico, no utilizado por el Conc. de Nicea (325), no poder la Virgen María, por ser creatura, engendrar la divinidad, por convenir el título sólo al Padre. Los nestorianos preferían “*Christotókos*”. Los oponentes a Nestorio, encabezados por S. Cirilo de Alejandría (+ 444), junto con lograr en el Concilio de Efeso (431) la definición de la unión de naturalezas en su única persona y la condenación de Nestorio, hicieron también aceptar el título mariano. La primera mención segura de él es la de S. Alejandro de Alejandría (+ 328), el predecesor de S. Atanasio, en su carta a Alejandro de Constantinopla. El historiador Sócrates (*Hist. eccl.* 7, 32.17)

sostiene que ya Orígenes (+ 235) usó este título, pero no se lo ha hallado en las obras que nos han llegado del gran maestro alejandrino. Entre las obras de S. Hipólito de Roma (+ 235) aparece el título varias veces, pero en obras cuya autenticidad se discute o en pasaje interpolados. LAMPE 639-641.

(38) Tanto en los Padres como en la liturgia y en la literatura monacal se encuentra el uso de la exsufiación como signo de defensa y protección contra los demonios. Igualmente la utilización de la señal de la Cruz, que es el método favorito de S. Antonio. E trae aquí “escupir”, por alguna variante de su texto griego, lo que también se halla en la literatura como señal contra el demonio.

(39) S. Gregoria Magno en sus *Moralia* 14, 13.15, hace aparecer al demonio como excelente psicólogo, que se dedica a estudiar cuidadosamente el temperamento y las inclinaciones potenciales de su víctima, y de acuerdo a ello dispone las astucias correspondientes. Al planear esto, el demonio también escoge la ocasión propicia. MEYER 117.

(40) Literalmente: “estar a la expectativa, aguardar”. Aquí, como en 24, 6-7, aparece la antigua creencia, basada en Apoc 20 (cp tb Mt 25, 41), de que el castigo de los demonios con el fuego del infierno aún no ha comenzado o, en todo caso, ha sido interrumpido.

(41) Como ya lo atestigua el NT, era notorio en la antigüedad el desprecio por los recaudadores de impuestos. Cp S. GREGORIO NAC., *Orat.* 19, 14: “La guerra es el padre de los impuestos”. Es indudable la idealización de la vida monacal de Egipto en este panegírico; cp tb S. JUAN CRIS., *Hom. in Mt* 8, 4.5. MEYER 118.

(42) En 305 abdicaron los emperadores Diocleciano y Maximiano. Los sucedieron Constancio y Galerio como Augustos; Severo y Maximino Daia fueron hechos Césares. Este último tomó a su cargo la administración de Siria, Palestina y Egipto, y sobresalió por su fanatismo en la continuación de la persecución de Diocleciano. La violenta represión cesó temporalmente con el edicto de tolerancia de Nicomedia (30 de abril de 311), aplicado de muy mala gana por Maximino, quien, antes de seis meses, reanudó la persecución. Sólo a fines de 312 Maximino vuelve a la tolerancia y finalmente, bajo la presión de sus rivales occidentales Constantino y Licinio, concede la paz religiosa. J. DANIELOU, *Nueva Historia de la Iglesia*, Madrid, 1964, t. I, 270 ss.

(43) La excesiva exaltación del martirio, relacionada en parte con la creencia en la inminencia de la Parusía, hacia fines del siglo II, pero sobre todo impulsada por toda una literatura en torno al martirio y los mártires, había creado una mística del martirio. A veces se presentaban cristianos en grupos ante los prefectos. Esto movió a la Iglesia a intervenir, la cual prohibió la presentación voluntaria ante las autoridades. J. DANIELOU, *Nueva Hist. de la Igl.*, 177.

(44) E (PL 73, 147C) añade: vestido de blanco. MEYER 119 supone que se trata del cambio de su apariencia monacal por la de un civil egipcio. L. v. HERTLING, o.c. 29, supone en todo caso que este disfraz de S. Antonio no fue muy eficaz, ya que el prefecto lo reconoce, aunque no lo hace arrestar. S. Antonio quería ofrecerse al martirio, pero sin violar la legislación eclesiástica.

(45) La palabra “mártir”, que significa originalmente “testigo”, y que fue aplicada a Dios, a las Escrituras, a las diversas figuras bíblicas, se usó posteriormente para los o las que sellaban con su sangre su fidelidad a Cristo. Posteriormente se llamó también “mártires” a los que, sin haber muerto, habían sin embargo sufrido por Cristo. También se dio tal nombre a todo verdadero cristiano, y se habló del martirio de diversas virtudes. Esto llevó a aplicar tal título también a los ascetas. La vida monacal es descrita en la literatura con los mismos términos que se usaban para describir la lucha del mártir de la fe. LAMPE 830-833; E. E. MALONE, *The Monk and the Martyr*, Stud. Ans. 38 (1956) 201-228.

(46) Lo mismo se refiere acerca de Plotino. PALADIO en su “*Historia Lausiaca*” relata ejemplos semejantes en las vidas de varios de sus personajes. No se puede negar el motivo penitencial, pero tal vez el fundamento más profundo de esta forma de ascesis (¡en el desierto!) era el profundo horror a las costumbres licenciosas que prevalecían en los baños públicos paganos. MEYER 119-120.

(47) Esto recuerda la antigua práctica del “incubare”: los que deseaban recibir una visión (cp 1 Sam 3, 3) o ser sanados de sus enfermedades, se acostaban en el recinto de un templo. MEYER 120.

(48) Se trata de un distrito pantanoso en el delta del Nilo, habitado por pastores. MEYER 120; H. ROSWEYDE, *Onomasticon*, PL 74, 417C. Al parecer, S. Antonio había pensado no sólo en ir hacia el Sur, sino también en la posibilidad de ir a habitar hacia el norte.

(49) Se trata del monte Colzim, en pleno desierto en la meseta de Qalala del sur, aproximadamente 180 kms. al sureste de Alejandría, entre el Nilo y el Mar Rojo. La montaña, con el antiguo monasterio de S. Antonio, es llamada aún Dêr Mar Antonios.

(50) E (PL 73, 149A) añade: viviendo en el desierto del trabajo de sus manos (cp Hech 20 ,34).

(51) E (PL 73 150B) añade: Maravilla tras maravilla se sucedían. No había pasado mucho tiempo, y el nombre de tan grandes victorias fue vencido por los ruegos de los hermanos.

(52) E (PL 73, 150B) añade: aunque fuera una laguna con agua de lluvia.

(53) E (PL 73, 150C) añade: se le fueron todos encima saludándolo con besos y abrazos.

(54) Ambos nombres son romanos. Había dos ciudades con ese nombre en la antigua Italia, pero como la palabra también significa “corte, palacio”, se sugiere que este hombre, por lo demás desconocido, era un oficial o empleado romano al servicio del prefecto romano de Alejandría. MEYER 122. E traduce: ex Palaestinis. DRAGUET (Arnaud d’Andilly): de la maison de l’empereur.

(55) E (PL 73, 152C) añade: Bajo la persecución de Maximino le sacaron los ojos por Cristo, pero se gloriaba inmensamente de tal deshonra de su cuerpo. Pafnucio era nombre sumamente común en el Egipto del siglo IV. Varios obispos y monjes son conocidos bajo este nombre, lo que dificulta su identificación. En este caso, el epíteto de “confesor” y el agregado que hace Evagrio, señalado antes, parecen indicar que se trata del obispo Pafnucio de Alta Tebaida, martirizado bajo Maximino. Participó en el Concilio de Nicea, con grandes honores. El Martirologio Romano lo menciona el 4 de septiembre. H. ROSWEYDE, PL 73, 181B.

(56) PALADIO, en su “*Historia Lausiaca*” 8, cuenta la historia de Ammón (o Amoun). Casado por la insistencia de un tío, vivió con su mujer 18 años en virginidad. Entonces, por sugestión de ella misma, Ammón, la abandonó para hacerse monje en el desierto de Nitria. Allí moró veinte años, hasta su muerte. Se dice que a fines del siglo IV, en el desierto de Nitria habría unos cinco mil discípulos suyos. MEYER 123.

(57) Se trata tal vez del alto oficial que ayudó a S. Atanasio en el Sínodo de Tiro del año 335, a poner al descubierto algunas de las maquinaciones de eusebianos y melecianos. MEYER 124.

(58) Nombre femenino que ocurre no raramente en antiguas inscripciones griegas. Algunos manuscritos latinos añaden: Hija de Publio. No es claro a qué Laodicea se refiere el texto, ya que había varias ciudades con ese nombre. Es probable que sea Laodicea de Siria. H. ROSWEYDE, PL 73, 181D; MEYER 124.

(59) “*Christofóros*” = portador de Cristo, e.d. lleno o inspirado por Cristo. Ya S. Ignacio de Antioquía (+ c. 110), Ef. 9, 2, usó este título para los cristianos. Cp tb en Nt

G1 3, 27. Posteriormente el título se aplicó a personas especialmente inspiradas: apóstoles, mártires. Luego se dio también a los ascetas. LAMPE 1533.

(60) El día se dividía en doce horas de igual duración, pero ella dependía de la estación del año. La hora novena correspondía, según la época del año, a nuestro tiempo entre las 13 y las 15 horas. Esta hora era la normal entre los anacoretas coptos para tomar su alimento. Sólo durante el Tiempo Pascual comían a la hora sexta, e.d. al mediodía. En el tiempo de Cuaresma el ayuno se prolongaba, para los que comían, hasta después de Vísperas. Se aconsejaba a los monjes comer todos los días el mismo alimento y a la misma hora. COLOMBAS 81.

(61) Dentro del paralelo entre el martirio y la vida monacal (ver nota 45), destaca lo siguiente: la muerte del mártir, e.d. el acto por el que consumaba la ofrenda de su vida a Dios, fue concedida como segundo bautismo (en algunos casos, como el de los catecúmenos mártires, como el único bautismo). Del mismo modo, el acto del ofrecimiento irrevocable de un monje a Dios, e.d. su profesión monacal, fue considerado también como segundo bautismo. El ritual de la profesión adopta también algunos elementos del ritual bautismal. Esto llega al punto de que algunos Padres sostienen para la profesión monacal los mismos efectos que el bautismo, tal como se ve por lo demás en la "Vida". Cp S. JERONIMO, *Ep* 25, 2; *Ep* 8; S. BERNARDO. *Lib. de Praec. et Disp.* 17, 54 (BAC 130, 817). Cp tb STO. TOMAS, 2-2, 1. 189, a. 3 ad 3. Cp tb el apotegma anónimo que identifica el poder de Dios en el bautismo y en la toma de hábito: PL 73, 994B; Guy 402; Dion 268. E. E. MALONE o.c. 211; H. ROSWEYDE PL 73, 182 A-D.

(62) En estos dos cc. 65-66 aparecen las dos más famosas visiones de S. Antonio (cp tb 60,1). En ambas se trata de una contemplación del alma. En la primera, que se produce en un éxtasis durante su oración, se contempla el estado del alma en oración. En la segunda, el estado del alma después de la muerte. En el fondo, ambas visiones suponen la misma concepción sobre el ambiente y función definitiva de la visión beatífica. Aquél es la anticipación terrena de ésta, por cierto provisoria, pero sujeta a las mismas dificultades en su consecución. También el alma en su ascenso a las alturas de la contemplación divina, debe pasar por la esfera de dominio de los demonios. Sólo si es pura puede lograr la unión con Dios en la oración perfecta. E. T. BETTENCOURT o.c. 57.

(63) El esfuerzo de la antigüedad por concebir el alma como algo espiritual, o a lo menos como algo inmaterial o casi inmaterial, tiene una buena ilustración en sus representaciones en el arte, especialmente en tumbas, monumentos o íconos. Los intentos de representarla como un pequeño ser, idéntico en todo caso al hombre difunto, al que se pinta a menudo con alas, documentan este esfuerzo y la concepción de su vuelo desde el cuerpo en el momento de la muerte. Era igualmente concepción general, tanto pagana como cristiana, que el alma, al llegar la muerte, es acosada por graves peligros, representados por dragones y otras bestias demoníacas. Cristo muchas veces parece como "psycopompós", e.d. guía y protector de las almas. MEYER 125-126.

(64) Sobre el aire como ambiente de los demonios, ver nota (32). Que los demonios del aire tratan de impedir el ascenso de las almas al cielo, es concepto que aparece en el s. II. Es notable en este sentido la "Passio Perpetuae" (IV, 3-4), donde el tema del monstruo aparece en su forma primera. El rasgo de la función "aduanera" de los demonios se encuentra ya en *Orígenes*, Hm. in Lc 23, PG 13, 1861D. El demonio es comparado a un recaudador del impuesto que examina deudas pendientes. Esta idea va a ser retomada y explicitada por los Padres posteriores, y es también la concepción de la "Vida". El punto en que ésta insiste particularmente es que el aire es el dominio demoníaco en que semejante examen se realiza. Como algunas almas son retenidas, el aire viene a ser también el lugar de su castigo o purificación. Ahora bien, una parte de las almas logran escapar de ese